



Enrique Gaspar

Don Ramón y El señor Ramón

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Enrique Gaspar

Don Ramón y El señor Ramón

PERSONAJES:

DOÑA ALEJA
CLOTILDE
ROBUSTIANA
SEÑOR RAMÓN
DON RAMÓN
ANTONIO

Acto primero

(Gabinete reducido, coquetísimamente amueblado, con puerta en el fondo y otra lateral en la izquierda. Enfrente de ésta una ventana o balcón en que el SEÑOR RAMÓN está acabando de colocar unas persianas. Algunas virutas esparcidas por la escena, y sobre una silla blanca de enea, una espuerta con útiles de carpintería. A la derecha y en primer término del proscenio una mesita cubierta a la que están sentados CLOTILDE y DON RAMÓN, tomando café, servido por un criado que a su tiempo retirará con el servicio.)

Escena I

CLOTILDE, DON RAMÓN y el SEÑOR RAMÓN.

SEÑOR RAMÓN

Vamos, ya encajan perfectamente. (Abriendo y cerrando las persianas.) Se habían hinchado un poco de la humedad. ¿Qué otra cosa me ha dicho usted que había que componer?

DON RAMÓN

La puerta de mi despacho; pero ya se hará luego. Descanse usted, hombre, que no parece sino que le pagan a destajo.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué quiere usted? ¡La sangre! Yo no sé estar parado ni un momento.

CLOTILDE

¿Le sirvo a usted una tacita de café?

SEÑOR RAMÓN

No, señorita; tantas gracias: es una bebida que no me gusta.

CLOTILDE

Pues es muy estomacal y entona mucho.

SEÑOR RAMÓN

Para entonarse no hay como una copita de aguardiente.

DON RAMÓN

Hombre, no; eso es nocivo.

SEÑOR RAMÓN

Pues a mí nunca me ha hecho daño. Todo es la costumbre. Yo, el día que no tomo la sosiega, creo que me falta algo.

DON RAMÓN

¿Quiere usted que le hagan de almorzar?

SEÑOR RAMÓN

¡Ca! No, señor.

CLOTILDE

Sí; en un momento está listo.

SEÑOR RAMÓN

Deje usted, deje usted, que ya me he traído yo mi pienso (Sacando de la espuerta un pedazo de pan relleno de magras.)

DON RAMÓN

¿Cómo?

SEÑOR RAMÓN

¿Ustedes gustan? (Comiendo a bocado redondo.)

DON RAMÓN

(A su hija.) ¿Pero tú ves? si el Señor Ramón merece cualquier cosa.

CLOTILDE

Efectivamente.

SEÑOR RAMÓN

¿Por qué?

DON RAMÓN

Hombre, porque me hace usted una ofensa.

SEÑOR RAMÓN

Pues será por ignorancia.

DON RAMÓN

Siempre que se origina en casa alguna compostura no me manda un oficial, sino que sube usted en persona, y sobre no consentir en cobrar jamás un cuarto, hasta se viene provisto del almuerzo, como si no cupiera usted en mi mesa.

SEÑOR RAMÓN

Vamos, Don Ramón, deje usted a un lado esas tonterías; usted sí que es el que me ofende con sólo pensar en pagarme mi trabajo.

DON RAMÓN

Y al fin tendré que hacerlo, como si se tratase de un extraño.

SEÑOR RAMÓN

Muchas gracias. Es decir, que de nada sirve el haber jugado juntos cuando pequeños; el vivir cerca de treinta años en la misma casa: el que hayamos visto nacer a nuestros hijos casi en un mismo día, y hasta el haber llevado a la par el luto por nuestras pobrecitas mujeres! ¡Vaya! Calle usted, calle usted, que hay cosas en la vida que no pueden olvidarse nunca.

CLOTILDE

Por eso mismo debiera usted tenerlas en consideración para tratarnos con la franqueza, a que más que de amigo, de individuo de nuestra familia le dan derecho las circunstancias que en este caso concurren.

SEÑOR RAMÓN

Señorita Clotilde, usted sabe mucho, pero a mí no me con sus retóricas. Lo que es franqueza, bien sabe usted que la he tenido siempre con su papá, y que cuando el uno ha necesitado del otro, poco ha tardado en encontrarle. ¿Es verdad, o no es verdad, Don Ramón?

DON RAMÓN

Sí, ciertamente.

SEÑOR RAMÓN

¿A ver quién, si no usted, ha dirigido la educación de Antonio? ¿Por quién me lo encuentro hecho hoy todo un señor abogado?

DON RAMÓN

Naturalmente, he tomado por su carrera el interés que exigía nuestra amistad, si bien no ignora usted la resistencia que puse a su determinación.

SEÑOR RAMÓN

¿Y quién me quita a mí el gustazo de ver a mi Antonio hecho un hombre de provecho, sacándose cada discurso que hace palmotear a los señores de la Academia, y dando ocasión a que los periódicos se ocupen de él todos los días?

CLOTILDE

Por cierto, que el que pronunció en la licenciatura fue magnífico.

SEÑOR RAMÓN

¿Se acuerda usted? De memoria me lo sé yo. ¡Qué manera de aplaudirle cuando aquello del final! (Como diciendo un discurso.) «El hombre es perfectible y su perfección la meta a que deben converger todas sus aspiraciones como cumplimiento de su misión sobre la tierra».

Escena II

Dichos y ANTONIO.

ANTONIO

¿Están ustedes ocupándose de mí?

CLOTILDE

Sí, haciendo tu apología.

DON RAMÓN

Tu padre nos estaba recordando el discurso de tu licenciatura que conoce al dedillo.

CLOTILDE

Por cierto que no sé cuando vas a regalarnos el ejemplar que nos tienes ofrecido.

ANTONIO

Hija, aún no los he recibido; por consiguiente, la recriminación carece de fundamento.

CLOTILDE

Una tacita. (Sirviéndole a ANTONIO una taza de café.)

ANTONIO

Gracias. (Tomándola.)

SEÑOR RAMÓN

(Contemplando a su hijo.) Ahí le tiene usted hecho todo un hombre. Me parece que no podrá tener queja de mí. Él viste como un marqués, su padre nunca le escatima una onza para que quede bien en cualquier parte, y el día que yo cierre los ojos no le ha de faltar para comer. Con que a ver qué más puede ambicionar.

DON RAMÓN

Verdaderamente, nada.

ANTONIO

Bien sabe usted cuánto se lo agradezco.

DON RAMÓN

(Intencionalmente.) ¡De modo que él no sabrá vivir ni un momento separado de su padre! (ANTONIO, comprendiendo la intención de DON RAMÓN, se ruboriza.)

SEÑOR RAMÓN

¡Ca! No, señor; al contrario; sólo le tengo a las horas de comer y de dormir. Es lo que yo le digo: «Chico, tú pareces un huésped en la casa». Verdad es que como tiene tantas ocupaciones, el pobre no puede aunque quisiera. Mire usted, lo menos hace tres años que no he podido conseguir que cenemos juntos una noche.

DON RAMÓN

Eso se explica fácilmente; como toma el té con nosotros...

SEÑOR RAMÓN

Ya sé que él se encuentra aquí perfectamente. (Sonriéndose.)

DON RAMÓN

Así parece.

ANTONIO

Me guardan ustedes tales atenciones...

SEÑOR RAMÓN

Mira a usted como su segundo padre. (Sonriendo con malicia y mirando a CLOTILDE.) Luego ve aquí ciertas cosas que no tiene allá abajo.

DON RAMÓN

Sí. (A ANTONIO.) ¿Cuál fue el tema de tu disertación en la investidura?

ANTONIO

(Turbado, conociendo la importancia de la pregunta.) La educación en sus relaciones con el Código.

DON RAMÓN

Bonito punto.

SEÑOR RAMÓN

¡Y qué bien lo hizo!

DON RAMÓN

¿Según eso, usted ha profundizado el discurso de Antonio?

SEÑOR RAMÓN

No, no, señor; me refiero a la mímica y al accionado. ¡Profundizar! ¡Ca! Don Ramón, si la mitad de las palabras yo no las alcanzo.

DON RAMÓN

Eso equivale a decir que su hijo habla un lenguaje que usted no comprende, lo cual no quita, sin embargo, para que usted sepa el discurso de memoria.

SEÑOR RAMÓN

Sí; todo, todo.

DON RAMÓN

¿Cómo es aquel párrafo que nos recitaba usted antes?

ANTONIO

¿Para qué?...

SEÑOR RAMÓN

¿Cuál?

DON RAMÓN

El que empieza: «El hombre es perfectible...

SEÑOR RAMÓN

¡Ah! Sí, sí. -(Recitando.) «El hombre es perfectible, y su perfección la meta a que deben converger todas sus aspiraciones, como cumplimiento de su misión sobre la tierra. Destruyanse los malos instintos al calor de la educación social, y os prometo que los Códigos morirán de inacción. Vea yo convertidos en escuelas todos esos templos donde se rinde culto a la embriaguez, y os juro que la pena de muerte correrá avergonzada a sepultarse en el panteón de los anacronismos. Porque reasumiendo, señores. (Declamando.) ¡Esto sí que lo dijo bien! (Recitado.) Tal es el dominio de la inteligencia sobre la ignorancia, que los libros, vistiendo la honrosa toga de la magistratura forman los tribunales donde se analiza la gota de vino que rebosa al fermentar en el cerebro, gota que acaso es la única capaz de dirigir la mano del más grosero de los criminales, y a quien la ley señala también con el más denigrante de sus dictados, «el parricida».

DON RAMÓN

¡Bravo! ¡Bravo!

SEÑOR RAMÓN

Eso es lo que decían en el Paraninfo. Todos tocaban palmas, y yo aplaudía también sin saber por qué.

DON RAMÓN

Lo creo, pues de otro modo se hubiera usted abstenido de hacerlo.

SEÑOR RAMÓN

¿Y eso?

DON RAMÓN

Por ser el padre del graduando.

SEÑOR RAMÓN

¡Vamos! así es que todos me miraban, pero yo por si era de envidia, palmoteaba más fuerte, y es que ellos estarían diciendo: «Ese pobre hombre es el padre del que acaba de decir esas palabras».

DON RAMÓN

Justo.

ANTONIO

Basta, padre, hablemos de otra cosa.

SEÑOR RAMÓN

¿Quieres que me vaya? ¿Es que tienes prisa de que oiga Don Ramón ese otro discurso que le quieres echar?

DON RAMÓN

¡Cómo!

ANTONIO

No es nada.

SEÑOR RAMÓN

Sí, nada. (Sonriendo.) De fijo que será el mejor de todos, porque... desde chiquito que está estudiándolo... En fin, pronto lo oirá usted.

DON RAMÓN

Bueno, yo le daré mi opinión con la franqueza de siempre.

Escena III

Dichos y DOÑA ALEJA.

ALEJA

¿Se puede pasar adelante?

DON RAMÓN

¿Quién? ¡Ah! ¿Qué tal va, señora?

(El criado retira el velador con el servicio.)

ALEJA

Muy bien. ¿Y la niña?

CLOTILDE

Buena, gracias.

SEÑOR RAMÓN

No hagas caso de los pobres, Aleja.

ALEJA

Chico, bien puedes perdonar, no te había visto. ¿Cómo estás, Ramón?

SEÑOR RAMÓN

No tan bien como tú; pero vamos tirando.

ALEJA

¡Anda, anda, Antoñuelo también por aquí! pues toda la vecindad nos hemos reunido.

DON RAMÓN

Tome usted asiento, señora.

ALEJA

Tantas gracias, no se moleste usted.

(Se sientan todos y el SEÑOR RAMÓN lo hace en la silla de aenea.)

Vengo sólo a traerle a usted el recibito. (Dádoselo.)

DON RAMÓN

(Tomándolo.) ¡Ah! sí, pues si se espera V. un instante. (Como yendo a buscar dinero.)

ALEJA

(Deteniéndole.) Quieto, quieto, ya me lo mandará usted, don Ramón, no corre prisa. -¡Si más bien es un pretexto para venir a ver cómo siguen ustedes!

SEÑOR RAMÓN

Déjela usted, déjela usted, que a esa no le hacen falta las peluconas. ¡Bien nos podía rebajar los alquileres!

ALEJA

Sí, buenos están los tiempos para andar con rebajas.

SEÑOR RAMÓN

Pero tú eres rica.

ALEJA

¡Pobrecito! pues puede que necesites tú limosnas de nadie.

DON RAMÓN

¡Si lo dijera yo, que sólo tengo mi paga de magistrado!

SEÑOR RAMÓN

Aleja es propietaria.

ALEJA

Sí, porque por ser propietaria, compro yo los duros a cuatro pesetas. Para cierta clase de personas, todos aquellos de quienes dependen son unos tiranos. No hay casero que no sea verdugo para el inquilino, ni mancebo que no esté esclavizado por su principal, ni amo de casa que no ejerza despotismo con sus criados, y es que la envidia se nos come. No tienen más remedio los que están encima que pedir a Dios paciencia para aguantar a los que están debajo.

SEÑOR RAMÓN

Es que los de arriba se creen muchas veces más altos de lo que realmente están.

ALEJA

Hombre, peor para ellos; pero de todos modos no creo que lo digas eso por mí.

SEÑOR RAMÓN

Tu chinita te toca.

ALEJA

Tú te explicarás.

SEÑOR RAMÓN

Chica, no tienes más que hacerte unos cuantos años atrás y dime si eres hoy la misma que entonces. Cuando pusiste la taberna y nos despachabas las rondas al mostrador, vestías aparejo redondo y todos te llamábamos la seña Aleja. (Léase señaleja.)

Ahora llevas en el vestido más cola que entra en un armario, el café te le regenta un mancebo, no sales de casa sin tus guantes y todos te llaman doña Aleja.

ALEJA

¿Tú crees haber dicho algo, verdad?

DON RAMÓN

Esto es una discusión en debida forma, de la que puede sacarse, como de todas, algún provecho.

CLOTILDE

Efectivamente.

ALEJA

Pues en último resultado has venido a decir, que lo mejor es lo más bueno, y que a todos nos gusta lo mejor. ¿Te niego yo mi pasado?

SEÑOR RAMÓN

No; pero parece que no te gusta el que te lo recuerde.

ALEJA

Nada de eso. Lo que me pasa es que me indigno de haber estado toda mi juventud patrocinando borracheras, cuando ahora que empieza mi vejez conozco, gracias a mi hija que me ha enseñado lo que son libros, que la vida no la constituye sólo el ser honrados para comer y dormir, sino que hay que hacerla agradable por medio de la educación. -¿Cómo he de negarte yo que he servido la taberna, cuando mil veces has entrado en ella con tu hijo a echar unas copas? ¿Verdad, Antonio?

ANTONIO

(Confundido.) Sí señora.

ALEJA

Hombre, dispensa mi indiscreción. Ya sé, y lo aplaudo, que ahora tomas café en el Suizo. En cambio tu padre no ha perdido la costumbre de la sosiega. Pues bien, yo que me encontraba con un mediano talento natural, con una hija de ardiente imaginación, y con medios de fortuna, ¿tiene algo de extraño que pusiera a la niña en un colegio donde aprendiese siquiera a leer?

DON RAMÓN

Era muy justo.

ALEJA

Al poco tiempo empecé a notar que la niña hablaba de otro modo, sus modales eran distintos, sus atenciones hacia mí delicadísimas, rechazaba el trato de los que frecuentaban mi tienda, y sobre todo sabía más que yo. Un día de eclipse total de sol, en que el vulgo, y yo con él, pensaba que iba a ser el último del mundo, mandé por ella al colegio momentos antes de verificarse el fenómeno... y al entrar en mi cuarto, donde me hallaba de rodillas ante una imagen de la Virgen de la Paloma, alumbrada por dos velas del monumento, se echó a reír como una tonta, y trayendo de la despensa tres manzanas, me dijo: «Esta es el sol, esta la luna, y esta la tierra, lo que va a pasar no es más que esto». Y empezó a explicármelo prácticamente. Mire usted, don Ramón, cuando vi que las nieblas se disipaban, que el sol lucía como de ordinario, y que todos vivíamos como antes, fue tal la vergüenza que pasé considerando que aquel renacuajo sabía más que su madre, que al día siguiente alquilé un cuarto, di un adiós al cafetín, y me encerré con mi hija, porque me parecía que todos me señalaban con el dedo por ignorante.

DON RAMÓN

Muy bien hecho.

ALEJA

Desde entonces, siempre que encuentro a alguno de mis contertulios, digo para mí con cierta satisfacción: «Ese no sabe lo que es un eclipse».

TODOS

Ja, ja. (Riendo.)

SEÑOR RAMÓN

Gracias, Aleja.

ALEJA

Pues bien, ahora sea usted juez. (A DON RAMÓN.) El señor Ramón me supone engreída, porque en lugar de arracadas de perlas hasta los hombros, y saya corta, visto con la sencillez de quien no necesita hacer ridículo alarde de riqueza; porque prefiero a un polo o unas malagueñas cantadas a la guitarra, un dúo entre la Patti y Tamberlik; porque aprendo de mi hija a trinchar un ave en vez de enseñarle cómo se refrescan las cañas: y porque logro, en fin, aunque tarde, gozar un poco del mundo y de la satisfacción de que mi Adela viva feliz a mi lado, sin avergonzarse de su madre.

SEÑOR RAMÓN

¡Poco a poco! Con eso das a entender que mi hijo se avergüenza de mí.

ANTONIO

Padre, nadie dice...

SEÑOR RAMÓN

Es que si tal supiera, te abría la cabeza de un martillazo.

ALEJA

(Aparte a DON RAMÓN.) El eclipse, el eclipse.

SEÑOR RAMÓN

Yo soy un artesano honrado y harto he hecho con darle la educación que tiene; no estoy obligado a más.

ALEJA

Cuarenta años tengo: treinta los he pasado en la creencia de que para comer no había más que abrir y cerrar las mandíbulas; y hasta hace diez, no he sabido que comer era otra cosa.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué?

ALEJA

Nada. ¿Tú crees haber hecho todo lo que debías con ser honrado y costear los estudios de tu hijo?

SEÑOR RAMÓN

Sí.

ALEJA

(Levantándose.) Pues vaya, que te alivies y hasta la vista.

DON RAMÓN

¿Se va usted ya?

ALEJA

Sí; tengo que hacer.

SEÑOR RAMÓN

Vaya usted con Dios, doña Aleja.

ALEJA

Agur, hija mía.

CLOTILDE

Que usted lo pase bien.

ALEJA

Antoñito...

ANTONIO

¡Señora!

ALEJA

Hijo, no te digo nada, tú has estudiado astronomía. (Vase.)

Escena IV

Dichos menos DOÑA ALEJA.

SEÑOR RAMÓN

¡Luego quiere que no la digan que tiene humos de marquesa!

DON RAMÓN

Pues sepa usted que discurre con mucho acierto.

SEÑOR RAMÓN

No falta más sino que usted la alabe. ¡Avergonzarse de mí!

ANTONIO

Vamos, padre, no se preocupe usted con esa idea, cuando de sobra conoce el cariño, la gratitud y el respeto que usted me inspira.

CLOTILDE

No debe usted dudarlo.

SEÑOR RAMÓN

Como ella ha tenido siempre esas pretensiones, mira con desprecio al que como yo nunca ha querido salirse de su esfera.

DON RAMÓN

Permítame usted que lo diga, señor Ramón, que todos en el mundo tenemos aspiraciones dignas de aplauso cuando no son exageradas.

SEÑOR RAMÓN

Yo no las he tenido nunca. Por eso, aunque soy rico, gasto y trabajo lo mismo que cuando era pobre.

DON RAMÓN

Pero usted empezó siendo aprendiz en su oficio; luego aspiró a llamarse oficial, y a no tener ambición, no concibo por qué con tanta alegría recibió usted el título de maestro.

SEÑOR RAMÓN

¡Toma! Por la consideración, y por ser esa la manera de poder hacer una fortuna como la que hoy tengo.

DON RAMÓN

Y si, como usted dice, su hijo cuenta ya con una carrera con que vivir independiente, y las necesidades de usted son escasas, ¿a qué codiciar esa fortuna? ¿Por qué no la ha invertido en procurarse otros títulos, toda vez que tanto estima la consideración, y que por ella salió de la esfera de aprendiz para elevarse a la de maestro? Si no ha comprado usted, ni siquiera libros con que dar de comer a su inteligencia, ¿a qué amontonar onza sobre onza? ¿No comprende usted que tanto significa tener en metálico esa riqueza, como que la hubiera usted empleado en sotanas y manteos por si alguna vez le hacían cura?

SEÑOR RAMÓN

No señor, porque aunque mi hijo no necesita de mí, siempre es bueno que cuente con algo. Y luego, que el dinero es el todo.

DON RAMÓN

En el caso de usted, nada; y lo prueba el que si mañana les robasen a entrambos, Antonio conservaría consigo el capital de su inteligencia, mientras que usted, según sus teorías, lo perdería todo.

SEÑOR RAMÓN

Para eso tengo un hijo que cuidaría de mí.

DON RAMÓN

Convenido; pero si hoy es usted quien le da una onza para que la gaste en superfluidades, en el caso supuesto, sería Antonio quien se la procuraría a usted para que no careciera de lo necesario.

SEÑOR RAMÓN

No haría más que cumplir con su deber.

DON RAMÓN

Corriente; pero probaría con ello, que desprovisto de la fortuna material, es más rico el hombre, cuanto mayores son su educación y su inteligencia. Luego no censure usted al que sin necesidad de salirse de su círculo tiene aspiraciones como doña Aleja, porque ella cambia oro por instrucción; mientras usted no es más que un pobre con dinero.

SEÑOR RAMÓN

En fin, usted sabe mucha filosofía; pero oiga el discurso que le va a echar mi hijo, y veremos si no cambia de parecer.

ANTONIO

¡Qué tenacidad!

SEÑOR RAMÓN

Anda, anda, yo entre tanto voy a repasar aquella puerta. (Se lleva la espuerta de las herramientas.)

DON RAMÓN

Repito a usted que le daré con franqueza mi opinión. (Vase el SEÑOR RAMÓN.)

Escena V

Dichos menos el SEÑOR RAMÓN.

ANTONIO

(A DON RAMÓN.) Suplico a usted que perdone la impaciencia de mi padre.

DON RAMÓN

Calla, hombre, tus excusas están fuera de lugar conociendo su carácter. Empieza cuando gustes.

CLOTILDE

Yo me retiro para que podáis consultar libremente.

DON RAMÓN

Nada de eso; quédate, hija mía, porque o mucho me equivoco o Antonio desea oír también tu parecer. ¿No es así?

ANTONIO

Efectivamente.

CLOTILDE.

Ya escucho.

ANTONIO

Ante todo reclamo indulgencia, por si encuentra usted atrevida mi pretensión.

DON RAMÓN

Adelante.

ANTONIO

Creo que al buen talento de usted no debe haberle pasado desapercibido, que bien por razón del trato constante, o por otras causas de no difícil explicación, existe entre Clotilde y yo cierta inteligencia, que aunque mal reprimida a los ojos de usted, no nos hemos permitido, sin embargo, publicar hasta este momento.

DON RAMÓN

Tu revelación ciertamente no me causa sorpresa, porque, aun antes de despertarse en vosotros ese sentimiento, tenía yo la previsión de lo que había de suceder.

ANTONIO

Pues bien; hoy que al cariño de Clotilde puedo corresponder con un título de que ayer carecía, y con una posición social digna de ella, en mi concepto, excuso dar a usted más explicaciones sobre el objeto que aquí me conduce.

DON RAMÓN

Tienes razón. Principio por suponer que entrambos, y especialmente Clotilde, estaréis firmemente persuadidos de que os amáis por convicción.

ANTONIO

Me atrevo a responder de los dos.

CLOTILDE

Sin duda alguna.

DON RAMÓN

Por muy sensible que me sea el separarme de mi hija, comprendo que más tarde o más temprano ha de suceder, y por lo tanto cierro los ojos ante una decisión, que sobre ser producida por el cariño, no puede ni debe en justicia rechazarse. Pero como el matrimonio es la llave de la felicidad o de la desgracia eternas, y en ambas nos cabe a los padres una gravísima responsabilidad, vas a permitirme que sin intención de inclinar la balanza a un lado u a otro, le exponga a mi hija las ventajas y los inconvenientes de esta boda, para que compulsados razonablemente, ratifique o rectifique su determinación.

ANTONIO

Es muy justo.

DON RAMÓN

(A CLOTILDE.) Antonio es un muchacho próximamente de tu edad, tiene talento, una carrera literaria honrosísima, una envidiable posición social, y parece quererte. Hasta aquí las ventajas que, en honor de la verdad, rara vez se presentan en tal cúmulo.

ANTONIO

Gracias.

DON RAMÓN

No me las des, pues te consta que soy justo hasta la crueldad. Vamos ahora a los inconvenientes, que por pequeños que parezcan, no deben dejarse pasar desapercibidos. Tu padre ha cometido la indiscreción de sacarte a volar a otra atmósfera sin procurar remontarse a tu altura para que el abismo que os separa no fuera tan insondable.

ANTONIO

No debo contestar sobre ese punto.

DON RAMÓN

Ya sé que puedes decirme que mi hija es contigo y no con tu padre con quien se casa; pero vivimos en el mundo, y hay que respetar los caprichos de una sociedad que, aunque imperfecta en su mayor parte, es la que juzga los actos de la sensata minoría. Mañana, aunque yo fuera pregonando tus cualidades y los nombres de los contrayentes, acaso me rechazara porque, miope y superficial, no vería en vuestra unión la de dos jóvenes amantes, sino la de la hija de un magistrado con el hijo de un carpintero.

CLOTILDE

(Turbada.) ¿Cómo? (Su padre analiza todas sus impresiones.)

ANTONIO

Sin querer, me hace usted daño.

DON RAMÓN

Antonio, es preciso. Debes comprender que para contrarrestar las iras del ridículo, se necesita un alma superior, y yo estoy convencido de que la que abriga un amor verdadero participa de esta cualidad. ¿Es cierto, Clotilde? (Mirándola y estudiándola.)

CLOTILDE

Sí... (Confundida y pensativa.)

ANTONIO

(Aparte.) (¿Qué es esto?)

DON RAMÓN

Pero aun prescindiendo del mundo, que es bastante prescindir, hay ciertas razones privadas tan poderosas o más, en mi concepto, que las del dominio público. Yo que quiero a tu padre entrañablemente, como se quiere a un hermano, al hacerle entrar en mi familia había de ser para vivir en continuo contacto con él, y participar juntos de todos esos pequeños detalles que constituyen la vida íntima, lo cual, y dicho sea de paso, no nos hemos permitido nunca hasta ahora, a pesar de nuestra amistad vetusta. Para ello, con el fin de evitarle toda violencia por su parte, dada su educación, yo prescindiría gustoso de todos aquellos amigos míos que no se acomodaran a mi determinación sin motejarla, pero así y todo, ¿crees tú que podría haber verdadera expansión entre los dos? ¿No diferiríamos notablemente en la forma de nuestras manifestaciones? Esa homogeneidad tan necesaria

para la armonía de los caracteres, ¿cómo había de despertar la simpatía, empeñándose en hacerla producto de tan heterogéneos elementos? Tú mismo, a pesar del cariño que profesas a tu padre, ¿no buscas instintivamente otro ambiente en que respirar, porque en tu casa te ahogas? Pues si esto hace un hombre, justo es que mi hija compulse sus fuerzas para que mañana no pueda decirnos que ha sido sorprendida por ignorancia. Repito, sin embargo, que esto no es ejercer presión, sino simplemente exponer los hechos. (Mirando a su hija.) Y que una pasión verdadera todo lo vence. Hasta aquí los inconvenientes: hasta aquí yo. Ahora vosotros.

ANTONIO

Mi posición, ya difícil de suyo, no me permite hablar por temor de que mis palabras se traduzcan como una exigencia. Tú, Clotilde, di lo que espontáneamente te dicten tus sentimientos.

CLOTILDE

(Anonadada.) Antonio... puedes estar persuadido... de mi amor hacia ti...; pero creo... que no hay para qué precipitar... los hechos... cuando...

DON RAMÓN

¡Ah! (Adivinando a su hija y aparte.)

ANTONIO

(Herido en el fondo de su alma.) Basta. He venido a dar este paso contando con tu asentimiento.

CLOTILDE

Pero si... yo...

ANTONIO

Siento haberme equivocado. (Saluda y vase.)

Escena VI

CLOTILDE y DON RAMÓN.

DON RAMÓN

Me has engañado, Clotilde; tú no amas a Antonio.

CLOTILDE

Sí, papá, le amo; pero tus observaciones han influido sobre mí de un modo...

DON RAMÓN

Que no me explico. Porque si yo al presentártelas he tratado de sondearte para analizar la solidez de tu amor, tú debiste rechazarlas cuando para ello te expuse que la fuerza de la pasión puede neutralizar los efectos de la forma. Tu proceder es poco digno, mayormente cuando se trata de un pobre muchacho que busca en ti consuelo para su aflictiva situación.

CLOTILDE

Pero tú me aconsejaste...

DON RAMÓN

Yo no te he aconsejado nada; expuse mis razones para darle a entender a Antonio que tu cariño le debía satisfacer, cuando atropellabas por todos los inconvenientes, y ver al propio tiempo si obedecías a este sentimiento o acariciabas una simple quimera. Desgraciadamente he sorprendido lo último.

CLOTILDE

No; yo le amo y soportaría los errores de su padre; pero tú mismo dices que para contrarrestar las burlas del mundo se necesita una fuerza superior.

DON RAMÓN

Enhorabuena que diga eso yo, que ninguna compensación recibo; ¡pero tú que a cambio de atropellar por una pueril preocupación vas a adquirir la felicidad de toda tu vida!...

CLOTILDE

A tanta costa...

DON RAMÓN

Has hecho bien. Veo que no amas a Antonio, y hubieras sido poco feliz; pero también contemplo con mucha pena, que porque tu padre tiene cuatro sillas tapizadas y se ha esmerado en tu educación, has dado al olvido que eres pobre y se ha apoderado de ti el orgullo.

CLOTILDE

No, papá.

DON RAMÓN

Sí, el orgullo: temes que te señalen con el dedo, y el amor propio, la vanidad ha sucedido a lo que llamabas equivocadamente cariño. En fin, yo me tengo la culpa, pero es muy triste tocar un resultado tan distinto del que me proponía al educarte así.

Escena VII

Dichos y el SEÑOR RAMÓN.

SEÑOR RAMÓN

(Como hablando al paño con ANTONIO.) Tú espérame ahí en el despacho y chito.

DON RAMÓN

(A CLOTILDE.) ¿Ves? ya viene su padre a pedirme cuentas.

CLOTILDE

(¡Qué he hecho, Dios mío!)

SEÑOR RAMÓN

Señorita Clotilde, haga usted el favor de dejarnos solos.

CLOTILDE

Papá...

DON RAMÓN

Vete. (A CLOTILDE.)

Escena VIII

DON RAMÓN y el SEÑOR RAMÓN.

RAMÓN

¿Usted se ha figurado que mi hijo es hijo del verdugo? (Toda la escena la dice el SEÑOR RAMÓN alborotado.)

DON RAMÓN

No señor.

SEÑOR RAMÓN

Pues sepa usted, que su padre es un hombre muy honrado que suda la gota gorda para ganarse el pan que come, y que tiene un corazón que se lo juega con el de todos los ricos juntos.

DON RAMÓN

Señor Ramón, si es que ha venido usted con ganas de armar camorra, le advierto que no estoy de humor de oír sandeces.

SEÑOR RAMÓN

¡Qué sandeces! no señor, son cosas muy serias. Usted le ha negado a mi hijo el consentimiento para su boda; y si es que se ha figurado que es algún perdido, sepa usted que a su padre no le faltan cuarenta mil duros para que ponga carretelas y se dé tono; porque como los he ganado muy honradamente...

DON RAMÓN

Nadie le ha negado ni concedido consentimiento alguno; se le han expuesto simplemente ciertas razones, que no le dan a usted derecho a que se sulfure de ese modo.

SEÑOR RAMÓN

¡Digo! -¡Que no tengo derecho! Sí señor, yo tengo derecho a todo, lo mismo que usted, porque como dice mi periódico, todos los hombres somos iguales.

DON RAMÓN

Su periódico de usted no puede decir una atrocidad, y lo es el halagar los instintos populares con errores. Le dirá a usted que todos somos iguales ante la ley, pero no que usted, que tiene una zalea en la cabeza, vale tanto como yo que me he quedado calvo de estudiar. Y sobre todo, no le enseñará a usted a exigir derechos mientras ignore la manera de cumplimentar sus deberes.

SEÑOR RAMÓN

Oiga usted, es que yo no debo a nadie ni un céntimo, y soy un ciudadano honrado que tiene cuarenta mil duros de capital.

DON RAMÓN

Pues yo no tengo más que cuarenta mil reales de sueldo, y también soy ciudadano honrado.

SEÑOR RAMÓN

Es que yo puedo presentar mis manos llenas de callos y con mucho orgullo, porque soy un jornalero que come con su sudor, y un hijo del pueblo vale más que todos ustedes los aristócratas.

DON RAMÓN

¡Siempre la maldita soberbia de la humildad! Hombre, cálese usted, que para ustedes los que no discurren, con tener las manos callosas, olor a sudor, no peinarse nunca y llevar las uñas ribeteadas como las tarjetas de luto, ya se tienen adquiridos títulos a la consideración de todos. Pues sepa usted que yo que me lavo, que no sudo, que me peino y que no tengo callos más que aquí (Por la cabeza.) de estudiar, soy tan honrado, tan trabajador, tan digno, y tan pueblo como usted y como el aristócrata que sea útil a su país. Y haga usted el favor de que por una tontería no vayamos a perder una amistad que data de la infancia, y que tiene por cimiento el recuerdo de nuestros padres.

SEÑOR RAMÓN

Es claro; usted algo ha de decir. Pero yo no olvido tan fácilmente la ofensa que a mí y mi chico nos han hecho. Algo creo que merece Antonio.

DON RAMÓN

Es que entre hacerle concesión de lo que merece, y que usted me exija lo que no le corresponde, hay mucha distancia.

SEÑOR RAMÓN

¡Ah! ¿No es digno de su hija de usted?

DON RAMÓN

Sí señor, lo es y mucho por lo que en sí vale; pero no lo es desde el momento que usted convierte en derecho propio el que sólo le asiste a su hijo.

SEÑOR RAMÓN

Es que yo soy un jornalero honrado.

DON RAMÓN

Sí, señor, y tiene usted cuarenta mil duros, ya me lo ha dicho; y lo primero le honra a usted más que lo segundo, pero como aquí adolecemos del defecto de hacer las cosas a saltos en lugar de ascender progresivamente, usted participando del vicio general, ha venido sin querer a motivar esta cuestión y ser la causa de la desgracia de su hijo.

SEÑOR RAMÓN

¿Cómo que soy yo la causa de la desgracia de mi hijo?

DON RAMÓN

Sí señor, porque en vez de hacer de Antonio un industrial con conocimientos teóricos y prácticos para que él a su tiempo convirtiera a su hijo en un ingeniero mecánico, y de este modo se verificase progresivamente en las generaciones el desarrollo, le ha dado usted una carrera literaria, lo cual aplaudo, le ha obligado a respirar otra atmósfera, y también es muy laudable esta idea de progreso; pero le ha separado usted de sí, y esto es lo altamente censurable, puesto que no ha tenido la previsión de irle siguiendo en su vuelo, y hoy le ve usted agitándose en un infierno de afectos contrarios, luchando con su ayer y bastardeando sus propios instintos para no dar a la naturaleza el espectáculo de un hijo que se avergüenza de su padre.

SEÑOR RAMÓN

(Enfurecido.) ¿Qué está usted diciendo? ¡Avergonzarse Antonio de mí!

DON RAMÓN

Si pudiera sin faltar a la ley natural, lo haría, sí señor.

SEÑOR RAMÓN

Ese sí que es el mayor de los insultos. Sepa usted que mi hijo es feliz a mi lado.

DON RAMÓN

Por necesidad, como el pájaro a quien le cortan las alas.

SEÑOR RAMÓN

No señor, no, él no es orgulloso; porque no le he educado como usted a su hija que no tiene más que humo en la cabeza.

DON RAMÓN

Sea orgullo lo de Clotilde, sea una abusiva satisfacción de la educación que ha recibido, lo cierto es que el complemento de su felicidad la tiene junto a mí, al paso que Antonio busca fuera de su casa lenitivo a su sorda pena.

SEÑOR RAMÓN

Mentira. Mi hijo no cambiaría su posición por la de un grande de España. Eso dígaselo usted a su hija, que algo daría por tener un padre acaudalado como yo para satisfacer sus caprichos.

DON RAMÓN

¿Qué dice usted?

SEÑOR RAMÓN

Ella es orgullosa, sí señor; y lo prueba lo que acaba de hacer con Antonio. (DON RAMÓN se ensimisma como quien comprende a su pesar la razón de lo que le dicen.) Y usted que de tan recto y tan justo se precia, (Llorando.) debía antes de herir a los demás en sus sentimientos de padre, castigarse a sí propio, cuando tanto motivo tiene para ello. Porque la culpa la tiene usted, sí señor, usted que la ha criado como una marquesa. En fin, Dios le perdone el daño que me ha hecho, y... hasta nunca...

DON RAMÓN

Señor Ramón, el que mi hija sea orgullosa (Enternecido.) no destruye el que Antonio no viva feliz a su lado.

SEÑOR RAMÓN

¡Me ha matado usted!

DON RAMÓN

Como para usted las razones están demás...

SEÑOR RAMÓN

Nunca hay razones para un padre. ¡Censurarme porque he tratado de que mi hijo sea algo en el mundo, ya que yo no he podido serlo! Pues hombre, ¿cómo se ha de adelantar entonces? No digo yo abogado, general me parecería aún poco para él.

DON RAMÓN

Señor Ramón, si usted supiese lo que son teorías, le diría que como principio no puedo ni debo oponerme a una determinación en que va envuelta la idea del progreso intelectual; pero que como correctivo de un abuso, protestaré siempre de ella enérgicamente, porque hacer que un niño adquiriera instrucción sólo para halagar la vanidad paterna, y que este niño, ya hombre, en vez de agitarse en su elemento gima bajo la férula de la ignorancia, sopena de rebelarse contra el derecho natural, es tan censurable y digno de reproche, como si emplease usted veinte años de solícito afán en devolver la vista a un ciego de nacimiento para sacarle los ojos apenas tuviese idea de lo que es luz.

SEÑOR RAMÓN

¿Y qué es lo que ha hecho usted con Clotilde?

DON RAMÓN

No es lo mismo; hay una enorme diferencia en los efectos. Mi hija experimenta una abusiva satisfacción, mientras que Antonio reclama una necesidad imperiosa.

SEÑOR RAMÓN

En mi lenguaje, lo que tiene Clotilde se llama orgullo.

DON RAMÓN

Lo sé y hartó me pesa.

SEÑOR RAMÓN

Entonces, ya que usted me echa en cara el haber separado de mí a Antonio, deje usted que le diga que Clotilde ha medido su posición por el valor de sus trajes, y que usted la ha engañado dándole seda por percal.

DON RAMÓN

Algo puede haber de verdad en ello; pero...

SEÑOR RAMÓN

No he concluido. Ya que supone usted que Antonio olvidaría todos los lazos que a mí le unen por cambiar de posición, no extrañe usted que en justo desquite, suponga yo que Clotilde tampoco le ama a usted y que trocaría sus besos por un puñado más de oro con que comprarse blondas.

DON RAMÓN

Señor Ramón, eso no es verdad.

SEÑOR RAMÓN

Y por último, señor magistrado, ya que mi periódico dice que todos somos iguales ante la ley, no se divierta usted en hacerme añicos el corazón sin que también le alcance a usted alguna cuchillada.

DON RAMÓN

Acaba usted de tocarme la fibra más sensible, la de la rectitud y la justicia. Íntima, inmensa es la amistad que nos une, y francamente, no quisiera que la perdiésemos, más que todo, porque para usted las teorías están demás, y quedaría sin convencerse de su error.

SEÑOR RAMÓN

Enséñemelo usted prácticamente.

DON RAMÓN

Pues bien, ya que todos somos culpables y necesitamos correctivo, voy a aprovechar este momento de vértigo, pues de otro modo me sería imposible, para probarle a usted con hechos prácticos que la educación forma una segunda naturaleza, que sólo se satisface con los recursos que de ella misma dimanar.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué quiere usted hacer?

DON RAMÓN

Valerme de mi exacerbación para batirnos frente a frente como... como dos padres. ¿Quiere usted que nos sometamos a la prueba? ¿Confía usted en lo que yo haga?

SEÑOR RAMÓN

¿Para convencerme de que mi hijo no se avergüenza de mí? Sí, señor.

DON RAMÓN

Pues bien, vamos a pasar unas horas, sólo unas horas mortales; pero a todos nos reportará un inmenso beneficio.

SEÑOR RAMÓN

Me asusta usted, Don Ramón.

DON RAMÓN

Pronto, llame usted a su hijo. (Llamando.) ¡Clotilde, Clotilde!

SEÑOR RAMÓN

(En el foro.) Tú, entra.

(DON RAMÓN está como vertiginoso y precipitando los sucesos por temor de retroceder. -El SEÑOR RAMÓN le contempla con extrañeza.)

Escena IX

Dichos. CLOTILDE y ANTONIO.

DON RAMÓN

(Aparte, después de titubear un instante.) (Debe ser.) (Alto.) ¡Hijos, venid acá! Por razones que no podemos revelaros aún, ni son ahora del caso, entramos habéis estado viviendo en un error.

TODOS

¡Cómo!

DON RAMÓN

A todos nos será muy doloroso prescindir de antiguos y dulces hábitos, pero no hay más remedio, (Llevando a CLOTILDE a los brazos del SEÑOR RAMÓN.) Clotilde, este es tu verdadero padre.

CLOTILDE

(Aterrada, mirando a DON RAMÓN, concluye por cubrirse el rostro con las manos.)

SEÑOR RAMÓN

¿Qué?

DON RAMÓN

¡Antonio, hijo mío! (Abrazándolo.)

ANTONIO

¿Cómo? ¡Usted!...

SEÑOR RAMÓN

(Aparte a DON RAMÓN.) Pero Don Ramón... esto... es muy duro.

DON RAMÓN

(Descansando de la lucha y aparte al SEÑOR RAMÓN.) (Ya está hecho.)

SEÑOR RAMÓN

(Es que... esta lucha...) (Aparte a DON RAMÓN.)

DON RAMÓN

(Aparte al SEÑOR RAMÓN.) Se llama la lucha del error con la verdad. Adelante.

ANTONIO

(Desde el momento de la revelación está ensimismado, como quien busca la explicación racional de lo que ocurre, y por último, adivinando la verdad, exclama aparte.) ¡Ah!... ¡Sí!... Todo lo comprendo. Ahora yo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

(El teatro representa uno de los cuartos interiores de casa del SEÑOR RAMÓN. Puertas laterales y en el foro, algunos lienzos de la pared adornados con herramientas y útiles de carpintería. Casi en el centro del proscenio una camilla, con su mantel, vajilla ordinaria, dos cubiertos de plata, una botella con vino, un jarro con agua, dos vasos, y un plato con aceitunas. El resto del mueblaje en perfecta armonía con el carácter general de la habitación.)

Escena I

(CLOTILDE, muy abatida, se encuentra sentada a un lado del proscenio, mientras ROBUSTIANA se ocupa en acabar de poner la mesa. ROBUSTIANA vestirá una saya de arpillera recogida atrás, un jubón con los brazos remangados, y un delantal de lienzo crudo. El resto de su tocado y su manera de hablar, trascenderán a la Alcarria; de modo que el conjunto sintetice una criada de siete pesetas mensuales.)

CLOTILDE y ROBUSTIANA.

ROBUSTIANA

A fe a fe que va usted a tener una comida que ni una princesa. ¡Yo no sé las cosas que ha traído el señor Ramón! Miste, sólo de pluma son cuatro piezas, ¡y qué hermosas! La gallina quita un pesar: sus mantecas parecían las de un pavo. ¡Pues no digo nada de la ternera! todo sin hueso; cada magra es así, perdonando el modo de señalar. (Señalando la mano por la muñeca.) No, no; lo que es para un día que la convida a usted, bien ha echado la casa por la ventana.

CLOTILDE

(Aparte.) (¡Un día!)

ROBUSTIANA

¡Pero está usted triste! ¿La duele a usted algo?

CLOTILDE

No, Robustiana; estoy bien.

ROBUSTIANA

Sí, sí, bien, y las lagrimitas se la caen sin sentir. ¿Es que su papá no la deja tener amores?

CLOTILDE

No. (Con indiferencia.)

ROBUSTIANA

¿Es que no ha tenido noticias del novio?

CLOTILDE

¡Robustiana!

ROBUSTIANA

Pues ello es algo. ¿Es que no la gusta a usted el arroz con almejas, que tenemos hoy?

CLOTILDE

No insista usted en sus preguntas, porque todo será inútil.

ROBUSTIANA

Miste, yo lo hago por su bien; porque, pongo por caso, una no vale nada; pero a veces, puede servir de algo; y...

CLOTILDE

Le agradezco a usted mucho su interés.

ROBUSTIANA

Pues no tiene usted más que decirme esto tengo, y yo...

CLOTILDE

Cuando callo mis pesares, es porque no quiero que se sepan; y aun cuando no fuese así, debe reflexionar que no iría a hacerla a usted confidente de ellos. Haga usted el favor de dejarme sola.

ROBUSTIANA

Oiga usted, ya me voy. ¡Pues no tiene pocos humos! ¡Después que una se mete en lo que no la importa por hacer un favor! ¡Vaya! ¡Pues bien rico es también mi amo y no tiene a menos el contarme lo que le pasa todas las noches en la taberna!

CLOTILDE

¡Robustiana!

ROBUSTIANA

¡Ya me voy, ya me voy! (Aparte.) ¡Vamos! ¡el demonio de la mujer!

Escena II

CLOTILDE y a poco ANTONIO.

CLOTILDE

¡Qué diferencia! (Llorando.) ¡Todo me parece un sueño; y sin embargo, es la desnuda realidad! Imposible va a serme soportar esta existencia. (Viendo a ANTONIO.) ¡Ah! ¡Él!

ANTONIO

¡Sola! Duéleme lastimar su corazón; mas no me es dado retroceder en mi camino. (Avanza lentamente hasta colocarse ante CLOTILDE, sin pronunciar una sola frase.)

CLOTILDE

(Tras larga pausa.) Es la primera vez que una lágrima rueda por mi mejilla, sin que a contenerla acuda una palabra de consuelo.

ANTONIO

¿Qué pena te aflige?

CLOTILDE

Ninguna, tienes razón.

ANTONIO

Cuando acabas de estrechar a un padre entre tus brazos; cuando debiera experimentar tu alma las más gratas emociones del amor filial, ¿pedir palabras de consuelo a un hombre que tanto sufre, una mujer que también conoce lo egoísta que es el dolor?

CLOTILDE

Antonio, si un sentimiento, que no puede caber en ti, te induce a acariciar la idea de unos nuevos lazos, yo protesto enérgicamente contra un proceder, que sin justificarse a mis sentidos, me hace añicos el corazón.

ANTONIO

(Aparte.) Duda; pero conviene que por ahora ignore la verdad. En los errores de todos ellos debo cimentar mi obra de regeneración.

CLOTILDE

Respóndeme sin mentir. ¿Cuántos besos ha tenido tu boca para el que fue mi padre?

ANTONIO

¡Clotilde!

CLOTILDE

Ninguno.

ANTONIO

Tus frases envuelven una sospecha que no debieras abrigar.

CLOTILDE

Sí, en tanto que no me la destruyan.

ANTONIO

¿Puedes suponer que nos abandonarán a las consecuencias de semejante revelación sin un fundamento lógico? ¿Con qué fin? Esto es más inexplicable que tus dudas. Si el silencio

de nuestros padres no se rompe, debemos acatar los hechos por sumisión filial y por respeto a lo grave de la causa.

CLOTILDE

¡Ay! Que tú no lloras con mis ojos, y la realidad parece mentira cuando no satisface nuestros deseos.

ANTONIO

Sin embargo, todo conspira en corroboración de la verdad. El cariño que esos dos hombres se profesan, bien ha podido servir de tumba al profundo secreto con que hoy venimos a darnos la explicación de nuestras respectivas posiciones; tú recibiendo el beneficio de una educación a que nunca podías aspirar, dadas las condiciones de tu verdadero padre, y yo agitándome en la atmósfera que al abrazar al mío había de constituir necesariamente mi natural elemento.

CLOTILDE

Podrá ser cierto cuanto dices; pero nada veo, porque miro con los ojos arrasados de lágrimas. Todo, todo lo he perdido en un momento.

ANTONIO

¿Por qué?

CLOTILDE

Porque respiro un ambiente que no es el mío; porque la costumbre me daba calor en unos brazos que en vano la naturaleza se empeña en sustituir; porque, ¿a qué ocultarlo? Ya no puedo aspirar a tu cariño, cuando te amo más desde que, colocada en tu situación, alcanzo a comprender los sufrimientos de toda tu vida.

ANTONIO

(Aparte y con satisfacción.) (Ya empiezo a recoger frutos. Adelante.) (Alto.) Dudas de mi amor y haces mal.

CLOTILDE

(Llena de júbilo.) ¡Antonio! Piensa lo que dices, porque puedes hacerme mucho daño.

ANTONIO

¿Has renunciado al tuyo por negarme tu mano hace unas horas?

CLOTILDE

Nunca; pero olvida mis palabras; ignoraba lo que decía. ¿No me guardas rencor?

ANTONIO

Tus sentimientos pueden ser en esta ocasión intérpretes de los míos.

CLOTILDE

¿Cómo? Explícate.

ANTONIO

Que no es tan fácil destruir un afecto que ha crecido con nosotros, infiltrándose en nuestro ser para formar parte de nuestra propia naturaleza.

CLOTILDE

¡Ah! No.

ANTONIO

Que no puede olvidarse en un solo día el último beso de la niñez con que el rubor colorea el primero de la pasión desuniendo dos inocentes labios para juntar dos corazones amantes. (Con mucha emoción.)

CLOTILDE

Jamás.

ANTONIO

Jamás, aunque las circunstancias nos impidan darnos el título con que el amor se sanciona.

CLOTILDE

¡Qué!

ANTONIO

Que el cariño no es la conveniencia. Las iras del ridículo son difíciles de contrarrestar, y hay que transigir con el mundo.

CLOTILDE

¡Ah! ¿Eres vengativo?

ANTONIO

No, Clotilde.

CLOTILDE

Entonces, ¿te domina el orgullo?

ANTONIO

(Muy poseído.) Es que el amor está hoy en razón directa de las jerarquías sociales, y los corazones cabalgan en el inflexible dedo con que la opinión pública señala nuestros actos. Es que la juventud, en vez de destruir los antiguos errores con nuevas ideas, es una planta parásita que absorbe el jugo de la caduca sociedad, y piensa, juzga y obra con el corazón, el criterio y las preocupaciones de una generación que se va.

CLOTILDE

Tus palabras son hijas del despecho.

ANTONIO

¡Clotilde! (Con agitación creciente hasta el fin de la escena.)

CLOTILDE

¡Tú también me engañas!

ANTONIO

No.

CLOTILDE

Estáis de acuerdo todos.

ANTONIO

¿Puedes creer?...

CLOTILDE

Niégame.

ANTONIO

Nada sé.

CLOTILDE

Júrame.

ANTONIO

Basta, Clotilde.

CLOTILDE

No; júrame por nuestro amor.

ANTONIO

Pero...

CLOTILDE

Por el santo recuerdo de tu madre.

ANTONIO

Silencio, vienen.

CLOTILDE

(Aparte.) ¡Ah! ¡No me ama!

Escena III

Dichos y el SEÑOR RAMÓN.

SEÑOR RAMÓN

¡Hijo, abrázame! (Echándose en brazos de ANTONIO.)

ANTONIO

¡Padre!

SEÑOR RAMÓN

Así, así, fuerte. Caramba, que parecía que me faltaba algo por unas horas que no te he visto.

ANTONIO

¡Es tan natural!

SEÑOR RAMÓN

¿Verdad, hijo? Porque yo no puedo dejar de darte este nombre.

ANTONIO

Le asiste a usted un derecho de toda la vida.

SEÑOR RAMÓN

¡Vaya si tengo derecho! Pero déjame, déjame que te mire. Me parece que te veo después de un viaje muy largo, muy largo.

ANTONIO

¡Mi buen padre!

SEÑOR RAMÓN

(¡Cómo se llena la boca llamándome su padre! ¡Y que aun diga don Ramón!...) (Alto.) Otro abrazo, Antonio; otro. (Se abrazan.)

CLOTILDE

¡Dios mío! (Dejándose caer en una silla.)

ANTONIO

¡Clotilde!... (Señalando a CLOTILDE.)

SEÑOR RAMÓN

(Aparte.) (¡Pobre muchacha!) (Alto.) Hija, bien puedes perdonarme, pero ya ves, tantos años juntos, y luego... el primer día que nos hemos separado... Pero no tengas celos; tu padre te quiere mucho, y ya veras cómo con la costumbre del trato... (Aparte.) No sirvo yo para hacer de padre con hijos de otro.

CLOTILDE

No se esfuerce usted en persuadirme; encuentro muy natural esa predilección.

SEÑOR RAMÓN

Pues entonces, sécate los ojos y vamos a comer, que ya debes tener hambre.

CLOTILDE

No, gracias.

SEÑOR RAMÓN

¿Por qué no comes con nosotros? Anda, sí, hijo, quédate.

ANTONIO

Con mucho gusto lo haría; pero usted mismo comprenderá que hoy no me es posible.

SEÑOR RAMÓN

Es verdad, paciencia.

ANTONIO

Yo entre tanto haré la lista de los ejemplares que tengo que mandar de mi discurso.

SEÑOR RAMÓN

¿Y el mío?

ANTONIO

Prometí que sería el primero, y aquí está. (Entregándole uno que saca del bolsillo.)

SEÑOR RAMÓN

Anda, anda, no han puesto los forros con grecas. ¡Y qué papel tan gordo! ¿Por qué no los han echado de ese que reluce? Tampoco han dorado las hojas como te dije. ¡Pues hombre! ¿si habrán creído que eres algún pobretón?

ANTONIO

No, padre; es que... yo no me acordé de advertirlo en la imprenta... Hasta luego.

SEÑOR RAMÓN

¿Pero es que ya te vas?

ANTONIO

Aquí a mi cuarto. (Vase.)

SEÑOR RAMÓN

¡Ah! bien. (Aparte.) (¡Qué buen mozo es mi hijo!) (Contemplándole.)

Escena IV

CLOTILDE, el SEÑOR RAMÓN, a poco DOÑA ALEJA, y después ROBUSTIANA que entra y sale sirviendo la mesa según lo indica el diálogo.

SEÑOR RAMÓN

Vamos, Clotilde, vamos; ten reflexión, o vas a hacerme creer que te pesa el haber sabido que eres mi hija. Anda, sécate las lágrimas y a comer.

CLOTILDE

No, deje usted...

SEÑOR RAMÓN

Sí, en seguida te voy dejando. (Obligándola a levantarse.)

CLOTILDE

Pero sí...

SEÑOR RAMÓN

Ven, que aquí hablaremos. (Llamando.) ¡Robustiana! la comida. (Ocupa el SEÑOR RAMÓN el sitio de la mesa que da frente al público, y CLOTILDE se deja caer en la silla que hay a la derecha de aquél.)

CLOTILDE

(Aparte.) (Es imposible.)

ALEJA

Según lo que he oído, llego a tiempo.

CLOTILDE

(Aparte.) (¡Ah!)

SEÑOR RAMÓN

Hola, Aleja; adelántate, siéntate. ¿Quieres pizcar algo?

ALEJA

(Sentándose a la izquierda del SEÑOR RAMÓN, separada un tanto de la mesa.)
Gracias, Ramón; ¿pero y esto? ¡Clotilde por aquí!

SEÑOR RAMÓN

(Turbado.) Esto es... que... que su papá me prometió dejarla comer un día conmigo, y... la tengo hoy convidada.

ALEJA

¡Cómo! ¿a tu mesa?

SEÑOR RAMÓN

Pues es claro. ¿Qué tiene eso de particular?

ALEJA

No, nada. (Aparte.) (Buen convite va a tener la pobre niña...)

SEÑOR RAMÓN

En cambio Don Ramón se me ha llevado a Antonio.

ALEJA

¡Ah! ¿No come Antonio?... (Aparte.) (Aquí pasa algo.)

SEÑOR RAMÓN

(Se escancia un vaso de vino que apura de una vez; y desdoblado una servilleta muy tiesa se limpia con ella repetidas veces, teniendo presente dejarla caer a menudo en el trascurso de la escena, y recogerla después de pisotearla, para que al poco rato tenga toda la apariencia de una rodilla.) Ea; la introducción.

ALEJA

Hombre, ¿y no te hace daño el beber antes de la comida?

SEÑOR RAMÓN

¡Ca! ¡Si todos los días me zampo yo una botella! Me gusta ponerme así alegrito cuando como; porque ¡qué demonio! bastantes penas tiene uno.

ALEJA

Sí, bien hecho, bien hecho.

ROBUSTIANA

(Con una cazuela que pone en la mesa.) A ver, ponga usted ahí un plato para que no se ensucie el mantel.

ALEJA

(Por las trazas de la criada, y aparte.) (Anda, hasta criados con librea.)

SEÑOR RAMÓN

Huele bien. (Sirviendo en un plato y dirigiéndose a CLOTILDE.) Usted avisará, señorita Clotilde.

CLOTILDE

Gracias; no me sirva usted, no tengo ganas.

SEÑOR RAMÓN

Es arroz con almejas.

CLOTILDE

No importa.

SEÑOR RAMÓN

¿De veras? (El SEÑOR RAMÓN se pone a comer tomando las almejas con los dedos, dejando las conchas sobre el mantel, y bebiendo vino sin cesar.)

CLOTILDE

Sí, señor.

SEÑOR RAMÓN

Pues que traigan el cocido.

CLOTILDE

No, tampoco.

ALEJA

(¡Pues señor, aquí pasa algo!)

ROBUSTIANA

(Aparte.) (¡El demonio de la remilgada!)

SEÑOR RAMÓN

(A ROBUSTIANA.) Pues mira, tráete el estofado de perdices. De eso sí que comerá usted.

CLOTILDE

Créame usted, no tengo apetito.

SEÑOR RAMÓN

Sí, sí; ya verá usted qué bien las hace ésta. Anda, Robustiana, tráete las chochas.

ROBUSTIANA

(Aparte.) (¡Jesús! ¡Parece doria sin gustos!) (Vase.)

Escena V

Dichos menos ROBUSTIANA.

SEÑOR RAMÓN

Mi hijo llama a ese guiso su plato predilecto.

ALEJA

Sí, le tendrá aficción. (CLOTILDE se sonríe.)

SEÑOR RAMÓN

Mucha. Vamos, que ya se ríe la señorita Clotilde: ¡gracias a Dios! Que tenía una cara más mustia... Así, así la quiero yo ser a usted. Aún tomará usted un poquito de arroz.

CLOTILDE

No; se lo suplico a usted.

SEÑOR RAMÓN

Sí, sí. (Metiendo en la cazuela la misma cuchara con que come y disponiéndose a servirla arroz con ella.)

ALEJA

(¡Chist! Espera, Ramón.) (Reparando en ello y aparte a Ramón.)

SEÑOR RAMÓN

¿Qué?

ALEJA

(Aparte a Ramón.) (Que sin duda distraído ibas a servir a Clotilde con la misma cuchara con que estás comiendo, y... no parece que está bien.)

SEÑOR RAMÓN

(Titubeando.) Con la... sí... Pues mira, ha sido una distracción.

ALEJA

Por supuesto. Si sabrás tú...

SEÑOR RAMÓN

Nada, distraído.

ALEJA

(Tomando el ejemplar que está sobre la mesa.) ¡Hola! ¡El discurso de Antonio!

SEÑOR RAMÓN

Sí; ya te regalaré uno.

ALEJA

¡Ah! ¡es precioso! especialmente el final.

SEÑOR RAMÓN

Aquello de «El hombre es perfectible».

ALEJA

Sí. (Volviéndolo a dejar sobre la mesa.)

SEÑOR RAMÓN

Lo sé de memoria.

ALEJA

(Intencionalmente.) Ya, ya lo veo.

SEÑOR RAMÓN

Di, ¿tú venías a cobrar el alquiler?

ALEJA

Déjate, volveré otro día.

SEÑOR RAMÓN

Sí, porque ahora ya ves que estoy ocupado... (Reparando en CLOTILDE que quiere servirse agua del jarro.) ¿Qué quiere usted?

CLOTILDE

Un poco de agua, si me hace usted el favor.

SEÑOR RAMÓN

¿Agua? ¡ca! vino, vino. (Toma la botella y la escancia medio vaso; CLOTILDE impide que lo llene.)

CLOTILDE

De veras; nunca le bebo.

SEÑOR RAMÓN

Bueno; pero le va a usted a hacer daño. (Coge el vaso para tirar al suelo el vino por el lado de doña Aleja; ésta le contiene.)

ALEJA

(Aparte a Ramón.) No, Ramón, espera; que distraído olvidas que cuando se come no se tira nada en el suelo.

SEÑOR RAMÓN

En el... (Algo amostazado.) Si yo no le iba a tirar... ¡Pues hombre, si no sabrá uno lo que se ha de hacer! ¡Vaya! (Echa el vino en su vaso y llena de agua el de CLOTILDE.) Tome usted, señorita.

ALEJA

(¡Jesús! la está haciendo pasar las penas del purgatorio; y a mí unas se me van y otras se me vienen.) (A Ramón.) (¿Pero cómo quieres que beba la criatura, si la sirves agua en un vaso que tenía vino?)

SEÑOR RAMÓN

(A Aleja.) ¡Ah! ¿También está mal hecho?

ALEJA

(No; es de muy buen tono.)

SEÑOR RAMÓN

(¡Y es verdad que no bebe!) (A CLOTILDE.) Qué, ¿no tiene usted ya sed?

CLOTILDE

Sí, señor; pero espero a... tomar algo.

SEÑOR RAMÓN

(Aparte a Aleja.) ¿Ves cómo no era eso? (A CLOTILDE ofreciéndole una aceituna que toma con los dedos y que manosea mucho.) Una aceituna. ¡Qué hermosas son! Mire usted, mire usted esta que dura.

ALEJA

(Aguarda, Ramón.)

SEÑOR RAMÓN

(¡Qué! ¿me he vuelto a distraer?)

ALEJA

No, sino que me parece mejor esta otra. (Tomando una con el tenedor y presentándosela a CLOTILDE.)

CLOTILDE

(Aceptándola.) Mil gracias.

SEÑOR RAMÓN

(A Aleja incomodado.) Ya sé que se pinchan con el tenedor, pero no lo he hecho por no manchar a la señorita, porque (Queriendo tomar una con el suyo y desparramándolas todas.) ¿ves? saltan. (Siempre me sucede lo mismo.) (Como indignado consigo propio.)

Escena VI

Dichos y ROBUSTIANA.

ROBUSTIANA

A ver, haga usted el favor. (Introduciendo el plato de estofado por el lado de doña Aleja.)

ALEJA

Voy a salir de aquí como una iglesia llena de lámparas. (ROBUSTIANA coge por el borde la cazuela de arroz y la retira; pero al servir las perdices, que lo hace al mismo tiempo con la otra mano, ladea el plato y vierte la salsa manchando los manteles y el discurso.)

SEÑOR RAMÓN

Despacio, animal; ya me has manchado el discurso. (Limpia todo lo manchado con la servilleta.)

ROBUSTIANA

¡Si están ustedes todos en un pelote!

ALEJA

(¡Pobre servilleta!) (Nótase en el SEÑOR RAMÓN algún indicio de embriaguez.)

SEÑOR RAMÓN

¡Si miraras lo que haces!

ROBUSTIANA

¡Pues buen cuidado tengo!

SEÑOR RAMÓN

Chito.

ROBUSTIANA

¡Vaya! (Coloca sobre la cazuela los platos sucios para retirarlos, sustituyéndolos con otros limpios que toma de una pila que habrá en la mesa.)

CLOTILDE

(Después de mirar el suyo con prevención.) ¿Me querría usted hacer el favor de otro plato?

ROBUSTIANA

Ese es limpio.

CLOTILDE

Sí, pero...

ROBUSTIANA

¿A ver que tiene? ¡Jesús! Por una miajica de nada... ¡Pues es usted poco asquerosa!
(Tomando el plato.)

SEÑOR RAMÓN

(Riñéndola.) ¡Robustiana!

ROBUSTIANA

La pitiminí esta...

SEÑOR RAMÓN

(Tomándola el plato.) Traiga usted ese plato, insolente, y vaya usted a la cocina, si no quiere besar los hornillos de un bofetón. ¡Estamos bien! (ROBUSTIANA se va dando un respingo.)

Escena VII

Dichos menos ROBUSTIANA.

SEÑOR RAMÓN

Perdone usted, hija, porque estas zafiotas no conocen la educación, ni por el forro.

ALEJA

(Aparte.) (Pero en cuanto él la dé unas lecciones...)

SEÑOR RAMÓN

¡Digo! Aun tiene grasa de ayer. (Limpiando el plato con su servilleta y ofreciéndoselo a CLOTILDE.) Vamos, ya está limpio.

ALEJA

(Que ha estado siguiendo con la vista los movimientos del SEÑOR RAMÓN, no pudiendo contenerse, se levanta cubriéndose la cara con las manos.) Adiós, Ramoncito, adiós.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué es eso? ¿Qué repente te ha dado?

ALEJA

Ninguno, que me voy.

SEÑOR RAMÓN

No, no, con franqueza, si es que he hecho alguna barbaridad, dilo; ya que tú eres maestra de ceremonias.

ALEJA

Pues bien. Sí, no puedo contenerme; acabas de cometer una indiscreción de las de mayor calibre.

SEÑOR RAMÓN

¿Por lo del plato?

ALEJA

Precisamente.

SEÑOR RAMÓN

Me parece que lo he limpiado con la servilleta.

ALEJA

Suponiendo que esté bien hecho, que no lo está, no es lo grave que lo hayas limpiado con la servilleta, sino que sea esta la servilleta con que lo has limpiado. (Tomándola y extendiéndola para poner de manifiesto las manchas.) Y francamente, convidar a tu mesa a una señorita, para darla en vez de convite una tortura, no creo que es obrar con prudencia.

SEÑOR RAMÓN

¡Pues puede que se denigre!

CLOTILDE

¡Por favor! (Suplicante.)

SEÑOR RAMÓN

Está en casa de un hombre muy honrado.

ALEJA

Siempre a vueltas con tu honradez, como si la honradez fuese patrimonio exclusivo de la ignorancia.

SEÑOR RAMÓN

La amistad de su padre me da derecho.

ALEJA

Ese es el error, que conoces y haces valer el derecho que te asiste a sentar en tu mesa a la hija de un amigo; pero ignoras el deber que tienes de tratarla con las consideraciones y la cortesía que su educación exige.

SEÑOR RAMÓN

¡Si llamas cortesía a esas monadas!

ALEJA

¡Si tú llamas monadas a la cortesía!

SEÑOR RAMÓN

Porque es así.

ALEJA

Calla, blasfemo. Las conveniencias sociales y la educación hacen adquirir insensiblemente al hombre nuevos hábitos que concluyen por modificar hasta sus instintos, dentro de una nueva naturaleza.

SEÑOR RAMÓN

Tú busca esto sano, (Por el corazón.) que lo demás...

ALEJA

En fin, no nos podemos entender, nos separa un abismo insondable; pero es muy doloroso que cuando la clase humilde, a la que me honro de pertenecer, teniendo un fondo tan bello, podía aspirar a todas las consideraciones y respeto sociales, sin más que dar a su cabeza algo de lo que le sobra en el corazón, vea cercenados sus más legítimos derechos por faltar al cumplimiento de los deberes en que aquellos se cimentan.

SEÑOR RAMÓN

No te entiendo.

ALEJA

Pues más claro y en resumen, que para mí siempre será un crimen que el hombre se contente con ser bueno, mientras puede ser mejor. He dicho. (Vase.)

Escena VIII

CLOTILDE y el SEÑOR RAMÓN.

SEÑOR RAMÓN

Es decir, que de nada sirve el que uno sea hombre de bien si no sabe hacer media docena de farsas.

CLOTILDE

No es eso.

SEÑOR RAMÓN

Que nada valen los buenos sentimientos, que importa poco que la madera esté podrida con tal de que la corteza nos disimule sus faltas.

CLOTILDE

De ningún modo.

SEÑOR RAMÓN

Pues explícamelo si sabes.

CLOTILDE

Quiere decir que cuando los instintos son buenos o están modificados, ya que no delitos, simples faltas corrige la educación.

SEÑOR RAMÓN

¿Cómo es, pues, que mi hijo no me ha echado jamás en cara ni la más insignificante?

CLOTILDE

Porque, o le ha enmudecido el respeto, o tiene una gran superioridad para dominar sus inclinaciones.

SEÑOR RAMÓN

No, porque esto, (Por el corazón.) es hermoso en él, y aunque nunca me ha llamado papá, sino padre, estoy seguro de que sin olvidar mi cariño, no le habrá negado a Don Ramón las caricias ni el nombre que en vano estoy esperando de ti.

CLOTILDE

¡Dios mío!

SEÑOR RAMÓN

Y hoy que más lo ambiciono, que por verte a mi lado satisfecha y feliz daría lo que me pidieran, que he hecho todo cuanto sé para conseguirlo, porque parece que me haya jugado la vida en ello.

CLOTILDE

¡Padre! (Acercándose llorosa.)

SEÑOR RAMÓN

No, eso es mentira.

CLOTILDE

Y bien, ¿prefiere usted que le engañe? ¿Cree usted posible que olvide en un momento todo mi pasado? ¿Es por ventura la de Antonio mi situación?

SEÑOR RAMÓN

Pues puede que la envidies.

CLOTILDE

¡Ay padre! que la salud no la aprecia más que el enfermo, y usted no ha perdido la suya.

SEÑOR RAMÓN

Pero mi hijo...

CLOTILDE

Se agita en la atmósfera que constituye su verdadero elemento, y rota la valla que limitaba sus legítimas aspiraciones, cede hoy al orgullo para rechazar mi amor, y no conservar acaso para usted más que un sentimiento de gratitud.

SEÑOR RAMÓN

¡Mentira!... Mira, Clotilde, te perdono que no me ames, que me odies, todo menos lo que supones de mi hijo.

CLOTILDE

¿Y cómo no creerlo si me desprecia, siendo el amor el único lazo que separa a los hijos de los padres?

SEÑOR RAMÓN

(Vertiginoso.) Puede que por venganza...

CLOTILDE

No, ensoberbecido.

SEÑOR RAMÓN

¡Imposible!

CLOTILDE

¿Pues por qué si yo dudo, a despecho de la naturaleza, no duda él?

SEÑOR RAMÓN

¡Qué! ¿Antonio?

CLOTILDE

Cree...

SEÑOR RAMÓN

Basta.

CLOTILDE

Ansía engañarse a sí propio.

SEÑOR RAMÓN

(Fuera de sí.) ¡Clotilde!

CLOTILDE

(Aterrada.) ¡Ah!

SEÑOR RAMÓN

No puede ser. ¡Si me llamó su padre! (Serenándose.)

Escena IX

Dichos y DON RAMÓN.

CLOTILDE

(Corriendo a los brazos de DON RAMÓN y aparte.) (¡Ah! Papá de mi alma, por lo que más ames en el mundo, llévame al instante de aquí, te lo suplico de rodillas.)

DON RAMÓN

(Cálmate, hija mía; estás junto a mí, y puedes libremente dar suelta a tu quebranto.)

CLOTILDE

(Pues bien, salgamos de esta casa y yo te explicaré.)

DON RAMÓN

(Espera.) (Aparte.) (Hemos ido demasiado lejos, pero el deber de un padre es corregir los defectos de sus hijos.) (Alto.) ¡Señor Ramón!

SEÑOR RAMÓN

(Secándose una lágrima.) ¡Eh! ¿Qué?

DON RAMÓN

Está usted lloroso. ¿Qué le pasa?

SEÑOR RAMÓN

¿Qué quiere usted que tenga? (Buscando pretexto a su verdadera aflicción.) Que no es nada grato para un padre que encuentra a su hija, el ver que a ésta no lo satisface su cariño.

CLOTILDE

¡Dios de mi alma!

DON RAMÓN

¡Qué! ¿Clotilde?...

SEÑOR RAMÓN

Sí, señor, Clotilde me ha pagado con la más negra de las ingratitudes el amor con que ha sido recibida; y usted, usted solo sabe si yo tenía interés en que le fuesen agradables mis brazos. Calcule usted lo que habré hecho para conseguirlo. Yo me he ido a la plazuela y he

traído lo mejor que he encontrado para que nada echase de menos en la mesa; yo me he esmerado en todo, y no señor, de nada ha servido.

CLOTILDE

(Llorando.) Ya le he dicho a usted... que la costumbre... el trato... modificarían el efecto de la impresión, pero que olvidar en un momento...

SEÑOR RAMÓN

No, es que la educación te ha hecho esclava de las exterioridades, y el orgullo se te ha comido el corazón.

DON RAMÓN

(¡Ah!) (Aparte.)

CLOTILDE

(Llorando.) Nunca.

SEÑOR RAMÓN

Y por recuperar los muebles y los cachivaches que te rodeaban, me dejarías ahora mismo.

CLOTILDE

¡Oh!

DON RAMÓN

Señor Ramón, eso no es posible. (A CLOTILDE.) ¡Abandonar a tu padre, cuando después de tantos años de silencio te estrecha entre sus brazos para llamarle por primera vez su hija!

CLOTILDE

Ya no puedo más. ¿Y qué razón hay que justifique ese silencio? ¿Por qué si un día había de romperse, hacerme alimentar ilusiones que hoy veo desvanecidas? ¿Por qué, en fin, una vez roto, no darme la explicación a que con tanto derecho me juzgo? (Con mucha dignidad.)

DON RAMÓN

(¡Eh!) (Aparte.)

SEÑOR RAMÓN

(Viendo que CLOTILDE se dirige a él.) Por... eso que lo diga Don Ramón.

DON RAMÓN

Si tú... (Titubeando.) la exiges, no... no se te puede negar... pero para ello, tal vez tengamos que evidenciarte faltas que nos rebajan a tus ojos...

CLOTILDE

(Humillada y dignamente.) Basta. Los padres son el Evangelio de los hijos, donde una sola duda mataría la fe. No debo saber más. (Vase.)

DON RAMÓN

(Aparte.) (¡Hija mía!)

SEÑOR RAMÓN

(Aparte.) (¡Hombre! ¡Me ha gustado!) (Con satisfacción.)

Escena X

DON RAMÓN y el SEÑOR RAMÓN.

DON RAMÓN

¿Lo está usted viendo, señor Ramón?

SEÑOR RAMÓN

Lo que yo veo es que me ha pillado usted de sorpresa, pues de otro modo no es posible que me hubiera usted hecho dar un paso tan atrevido.

DON RAMÓN

Verdaderamente hemos obrado con precipitación exponiéndonos a graves consecuencias; pero una vez dominado el efecto de la impresión, debemos ir adelante, porque el problema que tratamos de resolver, bien merece por su importancia un pequeño sacrificio.

SEÑOR RAMÓN

Pero Don Ramón, es demasiado duro estar viendo llorar a una hija y no confesarle el engaño.

DON RAMÓN

Clotilde es orgullosa, me dijo usted, y como en ello pudiera haber algún fondo de verdad, quiero corregirla de este defecto, para que sepa apreciar mejor después lo que vale la educación y cuáles son sus límites.

SEÑOR RAMÓN

Eso está bien hecho.

DON RAMÓN

Algo daría ella por tener un padre acaudalado como yo para satisfacer todos sus caprichos, me dijo usted también; y los hechos vienen a demostrarle, señor Ramón, por las lágrimas de mi hija, que todo el oro del mundo no basta a sustituir un átomo de cultura.

SEÑOR RAMÓN

No, Don Ramón, lo que es con eso no estoy conforme; ella misma lo ha dicho bien claro. No es posible perder en un momento la costumbre de toda la vida.

DON RAMÓN

¡Ay! ¡amigo mío! que nosotros en un momento de vértigo hemos dado este paso sin calcular que necesariamente nuestros hijos nos exigirían una explicación.

SEÑOR RAMÓN

Sí, señor, ya lo sé.

DON RAMÓN

Pero no ha reparado usted, sin duda, en que la exigencia ha partido de una mujer que ha apelado a ese último recurso de imaginación antes de abandonarse al desaliento de una realidad que le es repulsiva.

SEÑOR RAMÓN

No señor, no; lo ha hecho porque era natural que se le ocurriera esa duda.

DON RAMÓN

Pues si tan natural lo encuentra usted, ¿cómo se explica, que siendo Antonio el más difícil de engañar, dadas sus condiciones de hombre y de jurisconsulto, no haya formulado aún la menor queja?

SEÑOR RAMÓN

Porque... no se le habrá ocurrido.

DON RAMÓN

O porque teme provocar una explicación que no le satisfaga, y destruya el encanto de una posición que le halaga y que el misterio le da derecho a acariciar como legítima.

SEÑOR RAMÓN

¡Don Ramón! (Exasperado.) Le advierto a usted que los sucesos de hoy, y la circunstancia de no haber comido apenas, han hecho que un poco que he bebido no me haya sentado bien; por lo tanto, haga usted el favor de no exasperarme, porque sin querer puedo cometer alguna barbaridad... y luego me arrepentiría.

DON RAMÓN

Más que el arrepentimiento valdría la previsión.

SEÑOR RAMÓN

(Reprimiéndose a pesar suyo.) Mire, usted, deshagamos lo hecho y no tengamos un disgusto, Don Ramón.

DON RAMÓN

Si está usted convencido ya...

SEÑOR RAMÓN

¡Ca! eso no señor.

DON RAMÓN

Si es que teme usted someterse a la prueba...

SEÑOR RAMÓN

¡Qué! (Indignado.)

DON RAMÓN

Porque desconfía del resultado,

SEÑOR RAMÓN

¡Dudar yo de Antonio! Hombre, primero dudaría de Dios. Ahora soy yo quien dice «Adelante».

DON RAMÓN

Enhorabuena.

SEÑOR RAMÓN

La herida ha de ser de muerte, porque la lucha es terrible.

DON RAMÓN

Tanto, que es el resumen de las luchas sociales; y entre usted y yo estamos compendiando la historia de la humanidad.

Escena XI

Dichos y DOÑA ALEJA.

ALEJA

(Desde el foro.) ¿Estorbo? ¡Señores!

DON RAMÓN

(Aparte al SEÑOR RAMÓN.) (Disimulemos.)

SEÑOR RAMÓN

(Aparte.) (¡Qué otra!) (Alto.) Adelante.

ALEJA

Sentiría venir a interrumpir a ustedes.

DON RAMÓN

Nada de eso, señora. Acaso mi presencia sea aquí la inoportuna.

ALEJA

De ningún modo, puede usted oír lo que vengo a decir a Ramón.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué se te ofrece?

ALEJA

Hombre, creo que antes he estado contigo un poco inconveniente, y como el confesar un error no denigra, vengo a suplicarte que me dispenses aquel arranque involuntario de mi genio.

SEÑOR RAMÓN

Si tú confiesas que me has faltado...

ALEJA

Ramón, esa frase que yo he vertido parece de tan mal efecto repetida por ti...

SEÑOR RAMÓN

Es que me faltaste.

ALEJA

Pero...

DON RAMÓN

Señores, aunque ignoro el motivo...

SEÑOR RAMÓN

Todo ha sido que...

ALEJA

(Interrumpiéndole.) Permítanos usted que le ocultemos la causa.

DON RAMÓN

Respeto esa decisión. Iba a decir que ciertas discordias no pueden tener cabida entre antiguos amigos, y ustedes, según creo, lo son.

SEÑOR RAMÓN

Mire usted, a los dos años de viudo yo, puso esta la taberna en la esquina.

DON RAMÓN

Pues ya ve usted.

ALEJA

Y que nuestra amistad, aunque no cultivada por un trato constante, ha sido siempre sincera.

SEÑOR RAMÓN

No digas eso, porque bien hubo una época en que no salíamos vivos ni muertos de tu casa Antonio y yo.

ALEJA

(Sonriendo.) Ya, sí; cuando los chicos se hacían corrococos y pensábamos emparentar.

DON RAMÓN

¡Ah! ¡Yo ignoraba!... Pues hubiesen hecho una deliciosa pareja.

ALEJA

En honor de la verdad, no crea usted que dejaba de halagarme.

SEÑOR RAMÓN

¡Yo lo creo! ¿Qué más hubieras tú querido?

ALEJA

Hombre, me parece que la desventaja tampoco hubiera estado de tu parte.

SEÑOR RAMÓN

Pues que; ¿se te figura que yo hubiera dado mi consentimiento?

ALEJA

¿Por qué no? (Extrañada.)

SEÑOR RAMÓN

¿Pero lo dices formalmente?

ALEJA

Sí.

DON RAMÓN

(Con alegría.) (Le presiento.)

SEÑOR RAMÓN

Ja! ja! ja! (Riendo.) Vaya, vaya, que vosotros los que os remontáis así como los globos, tenéis unas pretensiones! ¿Pues te parece a ti que yo iría hacer de Antonio todo un señor abogado, y darle la posición que tiene para que se casara con tu hija?

ALEJA

Pero...

SEÑOR RAMÓN

¿Con la hija de una tabernera?

DON RAMÓN

(Aparte.) (Ya está ahí.)

(DOÑA ALEJA se reprime.)

SEÑOR RAMÓN

Vamos, calla mujer, calla.

ALEJA

Haciendo caso omiso de lo que otra tomaría por un insulto, debo decirte que si tú has hecho de Antonio un abogado, yo he hecho de mi hija una mujer virtuosa y perfectamente educada para que todos la guarden respeto; y que en cuanto a mí he ganado como tú la subsistencia honradamente, con la ventaja sobre ti de no ignorar las conveniencias sociales.

SEÑOR RAMÓN

Calcule usted (A DON RAMÓN.) el papel que haría el chico con sus buenas relaciones y con...

DON RAMÓN

¿Tiene usted por ahí su periódico?

SEÑOR RAMÓN

¿Para qué?

DON RAMÓN

Para que me leyera usted aquello de que todos somos iguales.

SEÑOR RAMÓN

¡Ah! Ya sé por donde va usted; pero en esta ocasión maldita la razón que tiene.

DON RAMÓN

Huella usted sus principios.

SEÑOR RAMÓN

(Trabucándose.) No señor, porque mi hijo... No es que yo me oponga, sitio que ya ve usted... sus conocimientos. Y luego Aleja.

DON RAMÓN

Usted divaga. Se trabuca.

SEÑOR RAMÓN

¡Ca! a mí no me envuelve usted, no señor; porque lo cierto es... (Excitado.)

DON RAMÓN

Que usted desprecia las jerarquías sociales que no están a tiro de su mano, y promulga comodaticamente las que consigo se relacionan.

SEÑOR RAMÓN

Es claro, usted con sacar cuatro palabrotas de esas que nadie entiende... (Desconcertado.)

DON RAMÓN

No es culpa mía si usted las ignora.

SEÑOR RAMÓN

No, si yo las entiendo; ¡vaya! Pero es el caso que...

DON RAMÓN

Que usted con su ignorancia ha insultado a una señora que sabe más que usted, cuando suya, y muy suya, debiera ser la honra de que ella se dignara aceptar esos lazos de parentesco.

SEÑOR RAMÓN

Así, así, fuerte, ¡cómo se conoce que usted ve los toros desde la barrera! A fe que no diría usted eso si se tratara de un hijo suyo.

DON RAMÓN

Lo mismo.

SEÑOR RAMÓN

¿Lo mis...? ¡Ca hombre! ¡ca hombre! ¿qué había usted de decir?

DON RAMÓN

Siempre.

SEÑOR RAMÓN

¡Pues! ¡Y con sus humos!

DON RAMÓN

Señor Ramón. (Agriamente.)

SEÑOR RAMÓN

(En un rato de fascinación.) Pues ea, Aleja, Antonio no es mi hijo.

DON RAMÓN / ALEJA

¡Qué!

SEÑOR RAMÓN

Es hijo de este señor.

DON RAMÓN

(Aparte.) Imprudente.

SEÑOR RAMÓN

(Aparte.) (Que se las componga como pueda.)

ALEJA

(Aparte.) (¡Cosa más rara! Ahora me explico por qué Clotilde...)

DON RAMÓN

Veo con disgusto que no se ha alimentado usted en proporción de lo que ha bebido y el alcohol ha hecho su efecto.

SEÑOR RAMÓN

(Sobrecogido y aparte.) (¡Qué! ¿Será verdad?)

DON RAMÓN

Pero toda vez que usted imprudentemente ha revelado este secreto de familia, cuya explicación no nos es posible dar, señora...

ALEJA

(Se sienta a la mesa y hojea el discurso de ANTONIO.) Yo respeto...

DON RAMÓN

(Al SEÑOR RAMÓN.) Voy a cumplirle a usted la satisfacción que me ha pedido. Sepa usted que amándose entrambos, no dudaría un momento en bendecir esa unión; porque si usted erróneamente ha supuesto que la alcurnia de la persona influye en mí, debo decirle que sólo reconozco dos denominaciones en el orden jerárquico: luz, y oscurantismo; jornaleros de la inteligencia y magnates de la ignorancia.

SEÑOR RAMÓN

¡Basta, basta ya! Es demasiado sufrir. (Llamando.) ¡Clotilde! ¡Antonio!

DON RAMÓN

¿Qué va usted a hacer?

SEÑOR RAMÓN

Quiero respirar.

DON RAMÓN

¿Le faltan a usted las fuerzas?

SEÑOR RAMÓN

He dicho adelante, y lucharé hasta sucumbir.

Escena XII

Dichos, CLOTILDE y ANTONIO.

SEÑOR RAMÓN

Hijos, acercaos. Aquí estamos sufriendo todos un tormento infinito, y siquiera por caridad debemos darnos algún consuelo.

TODOS

¿Qué?

SEÑOR RAMÓN

Que la situación es violenta, que poco a poco nos será menos sensible el cambio, y que callando todos lo que sabemos, decidimos volver a recobrar nuestros lazos antiguos.

CLOTILDE

¡Ay; sí, sí, papá de mi alma!

ALEJA

(Aparte.) (¡Es incomprensible esto!)

DON RAMÓN

¿Ve usted toda la elocuencia de esa alegría? (Al SEÑOR RAMÓN por su hija.)

SEÑOR RAMÓN

(Aparte a DON RAMÓN.) (Es natural... la costumbre... Verá usted mi hijo.)

DON RAMÓN

(Aparte.) (No ve.)

DON RAMÓN

Antonio, mis brazos te esperan.

ANTONIO

(Voy a herir su corazón, pero es preciso.)

SEÑOR RAMÓN

(Asombrado.) ¿Qué es eso? ¿callas?

ANTONIO

¡Padre!

SEÑOR RAMÓN

Pronto.

ANTONIO

Mi gratitud, mi reconocimiento hacia usted serán eternos; pero los vínculos que acabo de estrechar son indestructibles.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué? (Vertiginoso.)

ANTONIO

El deber de un hijo es no abandonar a su padre.

SEÑOR RAMÓN

(Llorando.) Pero si tu padre no es...

DON RAMÓN

(Aparte al SEÑOR RAMÓN.) (Silencio, desgraciado.)

(Todos contemplan absortos la escena.)

SEÑOR RAMÓN

Es decir, que de nada sirven los afanes de toda la vida, los desvelos de mi cariño, los sacrificios que tan a gusto llevé a cabo por labrar tu corazón para mí, para mí solo. ¡Oh ingratitud! ¡Oh perfidia! ¿Y estos son los hijos, este es el pago que nos dan en la vejez?... (Fuera de sí toma de la mesa un cuchillo, y se abalanza a ANTONIO esgrimiéndole.) ¡Miserable! (Todos le contienen.)

CLOTILDE

¡Padre!

ALEJA

¡Ramón!

ANTONIO

¡Ah!

DON RAMÓN

¡No!

(Estas cuatro exclamaciones deben decirse simultáneamente.)

SEÑOR RAMÓN

(Sin querer mirarle.) Vete, idos; dejadme solo.

DON RAMÓN

(Llevándose a ANTONIO.) Antonio, ¿qué has hecho?

ANTONIO

(Aparte a DON RAMÓN con intención.) Dentro de poco lo sabrá usted.

DON RAMÓN

¡Hija! (Indicándole que le siga.)

CLOTILDE

Mi puesto está aquí.

DON RAMÓN

Vamos. (Obedece lo que su hija decide, y tomando a ANTONIO de la mano, gana con él el foro.)

Escena XIII

El SEÑOR RAMÓN en la silla que ocupó DOÑA ALEJA en la escena IV. CLOTILDE en el centro de la mesa, y DOÑA ALEJA a su derecha.

SEÑOR RAMÓN

¡Se olvida de mí! ¡me deja! ¡Yo me ahogo, me ahogo! (CLOTILDE va a dar al SEÑOR RAMÓN un vaso de agua, pero Aleja se anticipa y le presenta uno con vino, que Ramón toma.)

ALEJA

Toma, bebe. (Le observa mucho, porque se propone un fin.)

SEÑOR RAMÓN

(Hecho un mar de lágrimas.) ¿Con que es decir que la voz de la naturaleza es muda, que le aleja de mí la soberbia, que me le roba el orgullo?

ALEJA

No, Ramón; tú le separas de tu lado.

SEÑOR RAMÓN

¿Yo?

ALEJA

Tú, cuyos hábitos no son los suyos; tú, que al sacarle a volar a otro espacio, no has remontado tu vuelo para seguirle de cerca; tú, que envuelto en la corteza de la honradez, no has dejado paso a los pequeños detalles de la forma, que como un abismo insondable te dividen de tu hijo; tú, en fin, que de memoria recitas este fragmento sin encontrar en él más que un juego de palabras. (ALEJA lee el último párrafo del discurso de ANTONIO. El SEÑOR RAMÓN, conmovido, indica con su fisonomía que por vez primera aprecia su intención; y CLOTILDE, espionando sus movimientos, deja correr su llanto.)

«El hombre es perfectible, y su perfección la meta a que deben converger todas sus aspiraciones como cumplimiento de su misión sobre la tierra. Destruyanse los malos instintos al calor de la educación social, y yo os prometo que los códigos morirán de inacción. Vea yo convertidos en escuelas todos esos templos donde se rinde culto a la embriaguez, y os juro que la pena de muerte correrá avergonzada a sepultarse en el panteón de los anacronismos. Porque reasumiendo; tal es el dominio de la inteligencia sobre la ignorancia, que los libros, vistiendo la honrosa toga de la magistratura, forman los tribunales donde se analiza la gota de vino que rebosa al fermentar en el cerebro; (El SEÑOR RAMÓN mira con horror el vaso que tiene en la mesa.) gota que acaso es la única capaz de dirigir la mano del más grosero de los criminales, y a quien (El SEÑOR RAMÓN se fija en el cuchillo que aún lleva en la mano.) la ley señala también con el más denigrante de sus dictados. ¡El parricida!». (El SEÑOR RAMÓN desde que se fijó en el cuchillo, deja el vaso sobre la mesa y va levantándose sobre la silla, contemplando el arma con febril ansiedad, y al oír «¡El parricida!» la arroja de sí con vertiginosa repulsión.)

SEÑOR RAMÓN

¡El parricida! ¡Sí! ¡yo! (Se le ve tragar con dificultad; DOÑA ALEJA le brinda de nuevo con el vino mirándole de hito en hito.)

ALEJA

Bebe, bebe.

SEÑOR RAMÓN

(Toma el vaso, y al llevárselo a la boca le mira, le rechaza, y anegado en llanto y suplicante dice a Aleja.) No, ¡agua, agua! (Aleja le da el vaso de agua.)

CLOTILDE

¡Padre mío! (Echándose en sus brazos.)

ALEJA

(En el colmo de la alegría y estrechándole las manos.) ¡Bien, Ramón; bien! Ya vas comprendiendo lo que es un eclipse.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

(La misma decoración que en el primero.)

Escena I

DON RAMÓN

Allí está mudo y reflexivo. Es natural; su conciencia se rebela contra su conducta, que no obstante de lisonjear mi amor propio, me entristece porque me hace descubrir una verdad desgarradora, que el orgullo es su sentimiento que obedece a la menor pulsación de su fibra, y del cual hacemos tributarias a las demás manifestaciones de nuestra sensibilidad. Esta situación es insostenible; a mí propio me hace daño, y es fuerza ponerle término en gracia siquiera de ese desventurado padre víctima de sus errores. ¡Ah! ¡él! ¡con mi hija!

Escena II

Dicho, CLOTILDE y el SEÑOR RAMÓN, que entran muy abatidos; éste enjuga una lágrima que se le salta al entrar.

DON RAMÓN

¡Vamos, señor Ramón!

SEÑOR RAMÓN

No, deje usted, no es nada; sino que al entrar aquí me he acordado de lo feliz que era hace unas horas, y sin querer se me han saltado las lágrimas. (Dominándose.) Ea, ya pasó.

DON RAMÓN

Crea usted que, a poder evitar su llanto, lo haría a costa del mayor sacrificio.

SEÑOR RAMÓN

Lo creo, Don Ramón, lo creo; pero qué hacer... las cosas deben tomarse conforme vienen, y en las penas, en las aflicciones es cuando se ve la grandeza de alma.

DON RAMÓN

¿Y a qué hacer ahora ese alarde que usted califica de superioridad, cuando el dolor está pugnando por asomarse a los ojos? Llore usted, hombre, llore sin avergonzarse, y alivie de ese peso al corazón.

SEÑOR RAMÓN

(Llorando.) Pues bien, sí señor, tengo herida el alma; y aunque el llanto no consuela, al menos desahoga.

CLOTILDE

(Al SEÑOR RAMÓN.) Padre, padre, salgamos de aquí; yo debo oponerme a los designios de usted.

DON RAMÓN

¿Cómo?

SEÑOR RAMÓN

Nunca.

CLOTILDE

Trata usted de imponerse un nuevo martirio obligándome a cometer una falta que nunca me perdonaría.

DON RAMÓN

¿Pero qué es ello?

CLOTILDE

Que soy hartamente débil para someterme a tan duras pruebas; que mi razón se extravía en averiguación de una conducta que cuadre a mi situación; que decidida a cumplir con los deberes que la naturaleza me dicta, se me niega el derecho de enjugar unas lágrimas que yo misma he provocado; que esta lucha, en fin, es inhumana y voy a volverme loca.

DON RAMÓN

Por favor, hable usted o hablo yo.

SEÑOR RAMÓN

Don Ramón, si un hombre que se llamó mi hijo, por quien he velado veintitrés años, con quien he compartido todas mis alegrías, y a quien he callado todos mis pesares, me rechaza hoy, y es desgraciado por causa mía, según dicen ustedes, no quiero que sean dos a maldecirme. A mí un poco más de pena, no me ha de matar. Déjenme pues sufrir solo, devolviéndole a usted esta pobre criatura que será muy feliz a su lado.

DON RAMÓN

¡Señor Ramón!

CLOTILDE

Padre, no le comprendo a usted. ¿Me llama su hija y quiere que le abandone en medio de su amargura? ¡Sufre usted por la decepción de un hombre a quien sólo le ligaban los vínculos de la costumbre, y me rechaza espontáneamente a mí, a la única que tiene derecho a exigir de usted cariño! Dios me perdone la duda; pero usted no es mi padre.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué?

DON RAMÓN

¡Clotilde!

CLOTILDE

Aquí se abusa de mi sumisión haciéndome víctima de un engaño incomprensible.

SEÑOR RAMÓN

No, sino que... Pues bien, sábelo...

CLOTILDE

¿Qué?

DON RAMÓN

(Interrumpiéndole.) Retírate, Clotilde; déjanos solos un instante.

CLOTILDE

No, hablen ustedes, por favor. (Con ansiedad.)

DON RAMÓN

Más tarde, vete. (Aparte al SEÑOR RAMÓN.) (Ayúdeme usted.)

SEÑOR RAMÓN

Sí, luego...

CLOTILDE

Es que...

SEÑOR RAMÓN

Basta, te lo manda tu padre.

CLOTILDE

¡Oh! (Cediendo al tono imperativo del SEÑOR RAMÓN.)

DON RAMÓN

No, tu padre te lo suplica. (Besándole la frente con ternura.)

CLOTILDE

¡Ay! (Reprimiendo un grito de alegría al comprender la verdad, y besando sin ser vista del SEÑOR RAMÓN las manos de su padre.) Ya soy feliz, obedezco. (Aparte a DON RAMÓN.) (Te has vendido, te has vendido.) (Vase.)

Escena III

DON RAMÓN y el SEÑOR RAMÓN.

DON RAMÓN

Ya lo está usted viendo, señor Ramón, las sospechas cunden, la situación es cada vez más difícil, y a mí mismo me es violento sostenerla.

SEÑOR RAMÓN

Mire usted, yo no veo más, sino que en pocas horas he perdido mi reposo y todo lo que más amaba en el mundo.

DON RAMÓN

Pues bien, ya que está usted convencido de su error y suficientemente castigado, confesemos la verdad, y...

SEÑOR RAMÓN

Poco a poco. ¿De qué me ha convencido usted?

DON RAMÓN

Señor Ramón, es usted incomprensible.

SEÑOR RAMÓN

Lo incomprensible es la conducta de usted, que por corregir el orgullo de Clotilde me expone a quedarme sin mi hijo, echando mano de una estratagema que no sé a qué ha venido.

DON RAMÓN

Dígole a usted que nos hemos lucido con nuestra obra, si después de tantos sinsabores no hemos de recoger el fruto.

SEÑOR RAMÓN

Aquí no hay más fruto, sino que usted le negó a Antonio la mano de Clotilde.

DON RAMÓN

Distingo. No se la negué ni se la concedí. Ella fue la que en virtud de mis observaciones rehusó dar una contestación definitiva.

SEÑOR RAMÓN

Y toda esa farsa ¿para qué? ¿para probarme que no tiene nada de extraño que mi hijo me rechace?

DON RAMÓN

Precisamente.

SEÑOR RAMÓN

¡Ca, hombre! pues si eso no tiene viso de fundamento.

DON RAMÓN

Entonces no comprendo por qué se afligió usted tanto no hace mucho.

SEÑOR RAMÓN

¡Toma! me afligí, porque me ponía en el caso de que pudiera ser verdad; pero bien pensado...

DON RAMÓN

¿Qué?

SEÑOR RAMÓN

¿Qué ha de hacer el chico si le dicen que usted es su padre? ¿Le ha de volver las espaldas? No, le seguiré, aunque allá en el fondo de su corazón lo sienta.

DON RAMÓN

¿Es decir, que no cree usted que lo hace porque le halaga?

SEÑOR RAMÓN

Hombre, eso no se le pregunta nunca a un padre.

DON RAMÓN

Entonces, si no está ensoberbecido, si no es que lo mejor lo considera como lo más bueno, y según supone usted se limita a cumplir con el deber natural, ¿aceptará gustoso la mano de Clotilde considerándola hija de usted?

SEÑOR RAMÓN

Puede que la rechace por venganza.

DON RAMÓN

No, no; salvado el inconveniente del despecho.

SEÑOR RAMÓN

Es que...

DON RAMÓN

Concretemos la cuestión. ¿Cree usted que el hijo de Don Ramón el magistrado, accederá sin resistencia a casarse con la hija del señor Ramón el carpintero?

SEÑOR RAMÓN

Pero sin titubear, usted se ha figurado que a mi hijo se le come el orgullo. Y ha de saber usted que yo...

DON RAMÓN

Nada, nada, a usted hay que darle las cosas mascaditas. Va usted a pedirle su mano para Clotilde, y si no se opone, le hago a usted concesión de cuantos derechos le dé la gana de exigirme.

SEÑOR RAMÓN

Pues prepárese usted a perder.

DON RAMÓN

Pero si ocurriese lo contrario, ¿confesará usted que su error es manifiesto y me otorgará la razón?

SEÑOR RAMÓN

¡Oh! si así fuese... le mata...

DON RAMÓN

¿Qué?

SEÑOR RAMÓN

No, me moriría de pena.

DON RAMÓN

Pues no más dilaciones, acabemos.

SEÑOR RAMÓN

Sí, pero para siempre.

Escena IV

Dichos y DOÑA ALEJA.

DON RAMÓN

(Aparte viendo a Aleja.) (¡Ah!)

SEÑOR RAMÓN

(Aparte.) (Esta mujer parece mi sombra.)

ALEJA

Señores, dispéñsenme ustedes si les interrumpo; pero testigo de una escena que hubiera querido evitar, me veo en la precisión de tomar parte activa en el asunto.

DON RAMÓN

Su intervención de usted es siempre oportuna.

ALEJA

Se trata de una confidencia hecha por Clotilde, cuya revelación puede ser nuncio de algún lenitivo a sus pesares. Clotilde que ama a Antonio con la fe y el entusiasmo de la pasión primera, ve marchitarse hoy sus ilusiones ante la indiferencia glacial del hombre que ayer la tuvo por dueño de su albedrío.

SEÑOR RAMÓN

¿Qué?

DON RAMÓN

Prosiga usted.

ALEJA

Tan profundo desengaño, unido a su situación excepcional, le ha sumido en tal abatimiento, que temo por su salud si ese hombre no la restituye lo que es el alimento de su alma. ¡Pobre niña!

DON RAMÓN

Ofrezco a usted exigir a Antonio estrecha cuenta de su conducta; pero desearía conocer, si usted la sabe, la causa que ha influido en su determinación.

(Mirando al SEÑOR RAMÓN, este le contempla con extrañeza.)

ALEJA

Duéleme herir la susceptibilidad de un padre.

DON RAMÓN

No importa.

ALEJA

Sin duda su repentino encumbramiento.

SEÑOR RAMÓN

¡Cómo!

ALEJA

Ha ofuscado su razón y ensoberbecido...

SEÑOR RAMÓN

¡Mentira!

ALEJA

¿Qué?

SEÑOR RAMÓN

Le he criado yo, y conozco a fondo sus sentimientos.

ALEJA

Sin embargo, la escena de hace poco en tu casa, parece que ratifique mi opinión.

SEÑOR RAMÓN

Mira, Aleja, si es venganza por lo que te dije antes sobre sus amoríos con tu chica, te advierto que esta ocasión no es...

ALEJA

Ramón, no soy tan pobre de espíritu; sino que la consecuencia del cambio de posición es natural.

SEÑOR RAMÓN

Pues no le encontrabas a Antonio esos defectos no hace mucho.

ALEJA

Explícate.

SEÑOR RAMÓN

Cuando Don Ramón se brindaba a ser tu consuegro.

ALEJA

¡Jesús! ¡Puede que creas!...

SEÑOR RAMÓN

De menos nos hizo Dios.

ALEJA

Ciertamente, este caballero me hacía un honor que estos muy lejos de merecer.

DON RAMÓN

¿Oye usted, señor Ramón? ¿Pues no dice?...

SEÑOR RAMÓN

(Turbado.) Sí, sí, ya lo he oído.

DON RAMÓN

Hoy señora, somos todos acreedores a los mismos derechos.

ALEJA

Permítame usted que le arguya; pero entre su posición y la mía hay una distancia que, por mi parte, sería temerario saltar.

DON RAMÓN

¿Pero no oye usted, hombre?

SEÑOR RAMÓN

Sí, señor, ya oigo.

ALEJA

Y aun cuando usted se dignase descender hasta mí, yo me vería en la precisión de rechazar su honroso ofrecimiento.

SEÑOR RAMÓN

¡Cómo! ¿Por qué?

ALEJA

(Al SEÑOR RAMÓN.) Porque siendo Antonio hijo tuyo, la armonía era perfecta, los chicos podrían ser felices; al paso que tú y yo no teníamos porque hacer la historia de nuestros antecedentes. Pero al entrar en la familia de Don Ramón...

RAMÓN

¡Qué! ¿Pues puede que valga más que la mía!

ALEJA

Hombre, tú eres muy honrado, muy bueno; pero entre hacer un balcón o fallar una causa...

SEÑOR RAMÓN

Todo es trabajar.

ALEJA

Convengo: sólo que un carpintero se hace en dos años, y un abogado cuesta trece o catorce.

SEÑOR RAMÓN

Eso no es razón.

DON RAMÓN

Efectivamente, yo opino como mi tocayo.

ALEJA

¿Pero dejarán ustedes de convenir en que la forma sería más homogénea entre nosotros dos? (Por el SEÑOR RAMÓN y ella.) Al casarse los muchachos, es lo natural que nuestro trato fuese muy íntimo, y hasta tal vez que habitásemos bajo el mismo techo. Pues si en mis contertulios de antaño, miro unos hombres de bien, de cuya amistad no debo prescindir por la sola razón de saber algo más que ellos, ¿cómo es posible que mientras usted recibía al Regente, al Gobernador, o al General H. y se ocupaban de asuntos de estado o de jurisprudencia, me empeñase yo en hacer armonizar con ellos al tío Gazapo, o a Juana la Pelucona?

SEÑOR RAMÓN

Puede que esos valgan más que los otros.

DON RAMÓN

¡Ah! sí señora. Ya no hay jerarquías. Ni la inteligencia ni la educación sirven para estos señores, que tan lastimosamente confunden los derechos individuales con los dones del Espíritu Santo.

SEÑOR RAMÓN

Ya ha salido usted con sus palabrotas, ya hemos acabado. (Tratando de irse.)

DON RAMÓN

Venga usted acá a defender sus teorías.

SEÑOR RAMÓN

Yo no sé lo que son esas cosas; pero si digo que Aleja no tiene razón en no querer emparentar con usted y sí conmigo. Tanto vale uno, como otro. ¡Ea! voy a llevar esta silla a la cocina. (Tomando la de enea que hay delante del balcón.)

ALEJA

(Deteniéndole.) Espera, hombre práctico. ¿Esta silla no es para sentarse?

SEÑOR RAMÓN

Sí

ALEJA

¿Está útil? ¿Está limpia?

SEÑOR RAMÓN

Sí.

ALEJA

Pues ¿por qué te la quieres llevar?

SEÑOR RAMÓN

¡Bonito papel haría entre todas esas tapizadas!

ALEJA

¡Ah! Pues por eso me opondría a emparentar con el señor Don Ramón; porque yo, entre los suyos, no haría otro papel que el de la silla de enea.

DON RAMÓN

¡Silencio! Antonio viene. ¡Clotilde! (Llamando.)

SEÑOR RAMÓN

¡Ah! Tiemblo verle junto a mí.

DON RAMÓN

(Aparte al SEÑOR RAMÓN.) ¡Adelante!

SEÑOR RAMÓN

(Resuelto.) ¡Adelante!

DON RAMÓN

Pues a consumir la obra. (Haciendo que el SEÑOR RAMÓN tome de la mano a CLOTILDE.)

Escena V

Dichos, CLOTILDE y ANTONIO.

ANTONIO

(Aparte.) (Esperemos.)

SEÑOR RAMÓN

(Aparte.) (Valor.) (Alto a ANTONIO.) Señorito... Antonio...

ANTONIO

¿Me cree usted, por ventura, indigno de más cariñoso nombre?

SEÑOR RAMÓN

No lo sé aún. Si el amor que hasta hoy ha profesado usted a Clotilde, no se ha borrado en un momento como se ha borrado otro que tenía más profundas raíces; si perdona usted la ofensa que insensatamente le ha inferido esta mañana; si la pasión que por usted la devora satisface sus aspiraciones, conteste usted a este pobre viejo que viene a pedirle con su mano la salud de su hija, que es lo único que le queda en el mundo.

ANTONIO

¡Señor Ramón! (Haciéndose una resolución.)

SEÑOR RAMÓN

(Aparte.) (¡Ah!)

ANTONIO

No debe usted dudar de mi cariño por Clotilde. La amo como siempre.

SEÑOR RAMÓN

(Aparte a DON RAMÓN.) (¿Oye usted?)

ANTONIO

Pero me es imposible llamarla mía.

CLOTILDE

(Aparte.) (¡Cielos!)

DON RAMÓN

(Aparte al SEÑOR RAMÓN.) (Oiga usted.)

SEÑOR RAMÓN

¿Y... por qué? (Con ansiedad.)

ANTONIO

Porque hoy no me pertenezco a mí solo; estoy unido a mi padre, cuya posición me impone deberes que, aunque penosos, quedo obligado a satisfacer.

DON RAMÓN

(Aparte al SEÑOR RAMÓN.) (¡He triunfado!)

SEÑOR RAMÓN

¡Me abandonas, me rechazas, te avergüenzas de mí! ¡Infame! Yo humillaré tu soberbia. Has edificado tu orgullo en el aire. Sabe que todo ha sido una farsa.

ALEJA

¿Qué?

CLOTILDE

¡Ah! ¡Padre mío! (Abrazando a su padre.)

SEÑOR RAMÓN

Tú, eres mi hijo; sí, el hijo del carpintero Ramón, que en mal hora te separó de su lado, sembrando cariño para cosechar vanidades e ingratitudes. Y ahora mismo vas a quitarle esa

levita, que yo haré añicos, para que, con la sierra en la mano, aprendas en el taller a fundar la soberbia en el sudor de tu frente, derramándole tan copioso como el desventurado padre de quien reniegas.

DON RAMÓN

Calma, señor Ramón. Cumpliéronse mis profecías.

SEÑOR RAMÓN

(A ANTONIO.) Baje usted esa cabeza.

ANTONIO

Nunca; porque puedo llevarla muy erguida.

TODOS

¡Cómo!

ANTONIO

¿Hoy, por ventura, se engaña impunemente a la juventud? No, padre mío. Le he dado a usted el primer disgusto de mi vida, por ayudarles a ustedes a plantear ese oscuro problema que aquí vamos a resolver.

SEÑOR RAMÓN

¡Qué! ¿Tú sabías...?

ANTONIO

Todo.

DON RAMÓN

¿Tú?

SEÑOR RAMÓN

¿De modo, que me amas?

ANTONIO

¡Padre! Con toda mi alma. (Abrazándole.)

SEÑOR RAMÓN

¡Antonio! (Respirando.) ¡Ah! ¡Ya no me muero nunca!

DON RAMÓN

Habla, di.

ANTONIO

Acaso hiera alguna susceptibilidad, pero ante la importancia de la idea nada significan las personalidades. Padre, hay en nuestra sociedad una clase que usted simboliza, que plétórica de sensibilidad y escasa de inteligencia, no ve más horizonte que el que limita con su mano. Ensoberbecida con los derechos de que disfruta en su humildad, confunde la igualdad política con la extirpación de los privilegios del talento y la fortuna; mira con prevención cuanto se eleva sobre su nivel, y concluye apellidándose pobre, como si este dictado fuese el único título a la consideración. No, padre; el jornalero, el industrial, el bracero, deben respeto y sumisión al que más sabe, al que más tiene, ya que de ellos dimanar la luz y el trabajo. Las jerarquías son inabolibles, porque nunca la azada puede tener la importancia del buril, ni el cincel las consecuencias del libro; y sólo respetando se conquista el respeto; pues los derechos del hombre no son más que sus propios deberes ejercidos por otro. Mi conducta le ha patentizado a usted, que sin instrucción, sin cultura, los lazos más indisolubles pueden romperse abriendo una sima entre el corazón de un padre y un hijo. Pues bien, luz, inteligencia y criterio, abolirán las preocupaciones sociales; defenderán las jerarquías, y ni el derecho será la tiranía impuesta, ni el deber la envilecida servidumbre.

DON RAMÓN

Esas son mis teorías.

ANTONIO

Ahora a usted. La confusión de las clases es un error peculiar de los que nada tienen en el cerebro; pero de las preocupaciones sociales, tan ridículas como hipócritas, sólo son responsables, ustedes los que militan en las filas del saber; ustedes que las combaten en teoría, pero que no las rechazan en la práctica. ¿A qué ese clamor continuo con que se pide la ilustración del pueblo para hacerle partícipe a conciencia de sus omnímodos derechos, si al descender al terreno práctico, los apóstoles encargados de la predicación esconden la mano vergonzosamente tendida, enseñan el libro por las guardas, y extinguen la tea propagandista que puede disipar las tinieblas? El que tiene, debe dar limosna al que necesita, para que el pobre viva agradecido al rico; del mismo modo el que sabe debe difundir la inteligencia entre los que ignoran, para que éstos comprendan la superioridad de aquél. Cooperar con sus fuerzas a la regeneración social, agruparse, confundirse, amalgamarse; y una vez practicada la fraternal unión que establezca los límites naturales del deber y del derecho, habremos conseguido el equilibrio social y cimentado la ancha base en que han de tomar asiento las libertades humanas.

SEÑOR RAMÓN

¡Bravo! ¡Bravo! hijo de mi alma. Ven acá te deshago. (Le abraza.) Todo, todo lo he entendido. ¿Qué dice usted, Don Ramón?

DON RAMÓN

¿Qué digo? (Conmovido une a CLOTILDE y a ANTONIO.) ¡Esto! y que nosotros ya no somos de moda. Doña Aleja, usted lo ha entendido, convirtiéndose en discípula de su Adela.

SEÑOR RAMÓN

Hijo, yo quiero aprender. ¿Me enseñarás?

ANTONIO

¡Padre mío!

ALEJA

No hay más remedio; nuestra generación se va empujada por la generación que viene. Triste es para nosotros confesarlo; pero hay que lanzar el grito de: «¡Viejos, paciencia y atrás!» Plaza, plaza al elemento joven.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo